



TROTSKY, por G. Amende.

OBRAS ESCOGIDAS

L. Trotsky

*La nueva política
económica de los
sóviets y la
revolución mundial*
León Trotsky

Edicions internacionals Sedov

Núcleo en defensa
del marxismo



Germinal

Edicions internacionals Sedov



Nota de **Edicions Internacionals Sedov:**

Ofrecemos ahora este folleto publicado en 1923 y que *Les Cahiers du CERMTRI* reproduce íntegramente desde su edición de 1923 en francés por Librairie de l'Humanité. El folleto consta de tres textos de Trotsky. La versión en castellano de *El informe sobre la nueva política económica soviética y las perspectivas de la revolución mundial* está tomada de *Naturaleza y dinámica del capitalismo y de la economía de transición*, Ceip, Buenos Aires, 1999, páginas 233-265. Las versiones al castellano de *Las perspectivas políticas* y de *La situación económica de la Rusia de los soviets* están hechas desde la reproducción del folleto arriba citado que hizo el *Centre d'Etudes et de Recherches sur les Mouvements Trotskyste et Révolutionnaires Internationaux* en su boletín *Les Chaiers du CERMTRI*, nº 57, junio de 1990, París, por Edicions Internacionals Sedov y disponibles, respectivamente, en los enlaces:

<http://grupgerminal.org/?q=node/906> y <http://grupgerminal.org/?q=node/907>

Valencia, 20 de junio de 2016

Reedición con presentación en **Obras escogidas de León Trotsky en español.**

Advertencia

Este folleto es una remodelación de nuestro informe al 4º Congreso de la Internacional Comunista. Añadimos en Anexo:

- a) *Nuestro artículo Las Perspectivas Políticas, estrechamente relacionado con las conclusiones del informe;*
- b) *La exposición resumida de ese informe en forma de tesis.*

L.T,

20 de diciembre de 1922

Índice

Informe sobre la Nueva Política Económica soviética y las perspectivas de la revolución mundial (Informe pronunciado ante el IV Congreso de la Internacional Comunista)	3
El curso de la guerra civil	3
Las condiciones para la construcción socialista	6
El comunismo de guerra	8
La Nueva Política Económica (NEP)	10
Las fuerzas y los recursos de los dos campos	14
Criterio sobre la productividad del trabajo	20
Sobre la crítica socialdemócrata	22
La situación mundial y las perspectivas revolucionarias	26
Las perspectivas políticas	32
La situación económica de la Rusia de los soviets [Tesis sobre la Nueva Economía Política y la revolución mundial]	37

Informe sobre la Nueva Política Económica soviética y las perspectivas de la revolución mundial (Informe pronunciado ante el IV Congreso de la Internacional Comunista)

14 de noviembre de 1922¹

El curso de la guerra civil

La tarea principal de todo partido revolucionario es la conquista del poder. Si empleamos la terminología filosófica del idealismo, la tarea de la II Internacional era considerada simplemente como una “idea normativa”; es decir, una idea que sólo tenía una muy lejana relación con la práctica. Sólo en estos últimos años hemos comenzado a aprender en escala internacional a atribuirnos la conquista del poder político como un objetivo revolucionario práctico. La revolución rusa contribuyó a ello. Que, en Rusia, pueda darse una fecha (25 de octubre-7 de noviembre de 1917) en la que el Partido Comunista, a la cabeza de la clase obrera, arranca el poder de las manos de la burguesía, prueba más decididamente que cualquier argumento, que la conquista del poder no es una “idea normativa” para los revolucionarios, sino una tarea práctica. El 7 de noviembre de 1917 nuestro partido tomó el poder. Muy pronto se comprendió que esto no significaba el final de la guerra civil. Por el contrario, la guerra civil realmente comenzó a desarrollarse a gran escala en nuestro país sólo después de la revolución de octubre. No se trata simplemente de un hecho de interés histórico sino, también, de una fuente de serias enseñanzas para el proletariado de Europa Occidental.

¿Por qué ha sido así? Se debe buscar la razón en el atraso cultural y político de un país que apenas acababa de salir de la barbarie del régimen zarista. La gran burguesía y la nobleza habían adquirido una relativa experiencia política, gracias a las dumas municipales, a los zemstvos², a la Duma imperial, etc. La pequeña burguesía tenía muy poca y la gran masa de la población, el campesinado, menos aún. Por ello las reservas principales de la contrarrevolución (los campesinos acomodados [kulaks]), y, a hasta cierto punto, el campesinado medio) provenían de este medio amorfo. Solamente después que la burguesía entendió bien qué había perdido con la pérdida del poder y después de haber constituido un centro de combate contrarrevolucionario, que tuvo éxito en ganar acceso a las capas del campesinado y de la pequeña burguesía. Entregó, por necesidad, los cargos dirigentes a los elementos más reaccionarios, es decir, a los funcionarios de origen noble. El resultado ha sido un desarrollo intensivo de la guerra civil tras la Revolución de Octubre. La facilidad con que conquistamos el poder el 7 de noviembre de 1917 fue pagada con los innumerables sacrificios de la guerra civil. En los países en los que el capitalismo es más antiguo, y la cultura está más desarrollada, la situación será, sin duda, profundamente diferente. En estos países, las masas populares entrarán en la Revolución con una formación política más avanzada. Ciertamente, la orientación de capas individuales y grupos en el proletariado, y con más razón entre la

¹ Nueva versión al español cotejada con la versión inglesa publicada en *The First 5 Years the Communist International*, Vol. 2, Ed. Monad Press, 1972, Nueva York, EE.UU., pág. 220. Otras versiones en español han sido publicadas en *El debate soviético sobre la ley del valor*, Ed. Alberto Corazón, Madrid y en *Teoría Económica y economía política en la construcción del socialismo*, Ed. Roca, México.

² Zemstvos: nombre de las instituciones de gobierno locales otorgadas en el curso de las reformas en 1864.

pequeña burguesía, continuará oscilando violentamente, y cambiando sus posiciones, pero, sin embargo, estos cambios se producirán de un modo mucho más sistemático que en nuestro país. El presente se desprenderá más directamente del pasado. La burguesía de Occidente prepara su contragolpe por adelantado. Sabe, más o menos, de qué elementos dependerá este contragolpe e instruye por adelantado a sus cuadros contrarrevolucionarios. Somos testigos de ello en Alemania, y quizás, si no totalmente, en Francia. Lo vemos igualmente, en sus formas más acabadas en Italia, donde, a continuación de una revolución incompleta, tuvo lugar una contrarrevolución completa que empleó con éxito algunos métodos y prácticas de la revolución. ¿Qué significa todo ello? Sencillamente que será imposible sorprender a la burguesía europea como lo hicimos con la rusa. En efecto, tal burguesía es más inteligente y previsora. No existe tiempo perdido. Todo cuanto puede ser utilizado contra nosotros ha sido ya movilizado. El proletariado revolucionario encontrará por consiguiente en su marcha hacia el poder no solamente a las vanguardias del combate de la contrarrevolución sino también a sus fuerzas de reserva. Solamente aniquilándolas, destruyendo y desmoralizando a las fuerzas enemigas, el proletariado será capaz de tomar el poder del Estado. Pero por la vía de la compensación, después de la revolución proletaria, la burguesía vencida, no podrá disponer ya de las reservas poderosas de donde sacaba sus fuerzas con el fin de prolongar la guerra civil. En otras palabras, tras la conquista del poder el proletariado europeo tendrá, muy probablemente, un margen muy superior para un trabajo creativo en los campos económico y cultural, que el que hemos tenido en Rusia tras el derrocamiento de la burguesía. Cuanto más difícil y agotadora sea la lucha por el poder habrá menos posibilidades de enfrentar al poder proletario después de su victoria. Esta proposición debe ser analizada y concretada en lo que respecta a cada país, teniendo en cuenta su estructura social y la sucesión de las etapas del proceso revolucionario. Es evidente que cuanto mayor sea el número de países en los que el proletariado derroque a la burguesía, más breves serán los sufrimientos de un desarrollo revolucionario en otros países, y la burguesía derrotada se encontrará menos inclinada a reiniciar la lucha por el poder, sobre todo si el proletariado muestra su firmeza a este nivel. Y esto es, por otra parte, lo que hará el proletariado; y a este fin podrá utilizar plenamente el ejemplo y la experiencia del proletariado ruso. Hemos cometido errores en muchos campos, incluido ciertamente el político. Pero no hemos dado a la clase obrera europea un mal ejemplo de falta de resolución, de debilidad, y, cuando hubo necesidad de ser implacables, de pusilanimidad en la lucha revolucionaria. Esta naturaleza implacable es el más elevado humanitarismo revolucionario, porque, asegurando el éxito, reduce el arduo camino de las crisis. Nuestra guerra civil no fue simplemente un proceso militar (salvando la presencia de estimados pacifistas, incluyendo a aquellos que, por error, aún andan perdidos en nuestras filas comunistas). La guerra civil no fue sólo un proceso militar. Fue también, e incluso, sobre todo, un proceso político. A través de los métodos de guerra, se lanzó la lucha por las reservas políticas, principalmente por el campesinado. El campesinado dudó entre el bloque terrateniente-burgués, la “democracia” que servía a este bloque, y el proletariado revolucionario. En el momento decisivo, cuando debía realizarse la elección, optó por el proletariado, sosteniéndole no con votos democráticos, sino suministrándole caballos, alimentos y la fuerza de las armas. Ello decidió la victoria a nuestro favor. El campesinado jugó un papel gigantesco en la revolución rusa. Y lo mismo ocurrió en otros países; en Francia, por ejemplo, donde sigue constituyendo la mitad de la población. Sin embargo, los camaradas que aseguran que el campesinado es capaz de jugar un papel independiente y dirigente en la revolución, en paridad con el proletariado, se equivocan. Si ganamos la guerra civil no fue debido única o primordialmente a causa de la exactitud de nuestra estrategia militar. Fue más bien a

causa de lo correcto de nuestra estrategia política sobre la que se basaron invariablemente nuestras operaciones militares durante la guerra civil. No olvidemos que la tarea principal del proletariado era atraer a su lado al campesinado. Sin embargo, no actuamos como los Socialistas Revolucionarios (SR)³. Estos últimos, es bien sabido, atrajeron a los campesinos con el espejismo de un papel democrático independiente, y después los traicionaron entregándoles de pies y manos a los terratenientes. Nosotros sabíamos que el campesinado era una masa titubeante e incapaz de jugar un papel independiente, y aún menos un papel de dirección revolucionaria. Llevando a cabo nuestros actos con resolución, hicimos que los campesinos comprendieran que no tenían más que una elección posible: la elección entre el proletariado revolucionario por un lado, y los oficiales, nobles de nacimiento, a la cabeza de la contrarrevolución, por el otro. Si nos hubiese faltado esta resolución en destruir el engaño democrático, el campesinado hubiera permanecido sin rumbo, y habría continuado dudando entre los diferentes campos y las diversas sombras de la “democracia”. En tal caso, inevitablemente, la revolución hubiera perecido. Los partidos democráticos con la Socialdemocracia a la cabeza (sin duda alguna, una situación similar se producirá en Europa) fueron invariablemente los que marcaron el paso de la contrarrevolución. Nuestra experiencia, desde este punto de vista, es concluyente. Sabéis, camaradas, que hace algunos días nuestro Ejército Rojo ha ocupado Vladivostok. Esta ocupación liquida el último eslabón de la larga cadena de los frentes de la guerra civil durante la segunda mitad de este decenio. A propósito de la ocupación de Vladivostok por las tropas rojas, Miliukov⁴, el conocido dirigente del Partido Liberal ruso ha escrito en su *París Jour* algunas líneas histórico-filosóficas que denominaría clásicas. En un artículo con fecha 7 de noviembre, él resume brevemente el imbécil e ignominioso, pero constante, rol del partido de la democracia. Cito: “*Esta triste historia* [siempre ha habido una historia triste] [Risas] *comienza por una solemne proclamación unánime dentro del frente antibolchevique. Merkulov* [era el jefe de la contrarrevolución en el Lejano Oriente] *reconoció que los no-socialistas* [es decir, las Centurias Negras] *debían en gran parte su victoria a los elementos democráticos. Pero el apoyo de la democracia* [continúa Miliukov] *fue utilizado por Merkulov sólo como un medio para derrocar a los bolcheviques. Una vez que se logró esto, fue tomado el poder por estos elementos que consideraban a los demócratas como bolcheviques disfrazados.*” Este párrafo, que acabo de calificar de clásico, puede parecer banal. En todo caso, no hace más que repetir lo que ha sido dicho por los marxistas. Pero debéis recordar que ha sido dicho por el liberal Miliukov, seis años después de la Revolución. No hay que olvidar que aquí está haciendo el balance del rol político de la democracia rusa, en gran escala, desde el golfo de Finlandia hasta las costas del Pacífico. Era lo que ocurría con Kolchak, Denikin⁵ y Yudenich, así como durante las ocupaciones inglesa, francesa y americana. Así era el

³ El Partido Social-Revolucionario (SR o eserista): expresión política de los narodnikis (populistas) rusos. Antes de la Revolución de Octubre era el partido de mayor influencia en el campesinado. Kerensky fue dirigente de su ala derecha. Los eseristas de izquierda integraron un gobierno de coalición con los bolcheviques después de la revolución, pero no tardaron en pasar a la oposición “desde la izquierda”, organizando acciones contrarrevolucionarias.

⁴ Paul Miliukov (1859-1943): principal vocero de los kadetes y gran adversario burgués de los bolcheviques.

⁵ Alexander Kolchak (1873-1920): almirante de la flota zarista y uno de los principales jefes de la contrarrevolución. Después de la Revolución de Octubre, se declaró con ayuda de las potencias intervencionistas, jefe supremo de Rusia y estableció una dictadura militar burguesa terrateniente en los Urales, Siberia y el Lejano Oriente. Sus tropas fueron derrotadas por el Ejército Rojo y él mismo hecho prisionero y fusilado. A.I. Denikin (1872-1947): general de división zarista en 1914, fue Comandante en jefe de los Guardias Blancas del Sur de Rusia. Al ser derrotado su ejército, emigró al extranjero.

reino de Petliura en Ucrania. A lo largo de todas nuestras fronteras se repitió nuevamente un único y similar fenómeno pleno de monotonía. La democracia, los mencheviques y los SR's, dirigieron al campesinado a los brazos de la reacción, ésta última tomó el poder, se desenmascaró completamente, hizo a un lado a los campesinos, como consecuencia se produjo la victoria de los bolcheviques. El arrepentimiento reinó entre los mencheviques. Pero no por mucho tiempo (hasta la próxima tentación). Y por lo tanto, la misma historia iba a repetirse en la misma secuencia en otros escenarios de la guerra civil. Podemos estar seguros de que la socialdemocracia repetirá la traición, en todos los lugares donde existe una lucha decisiva del proletariado por el poder, aunque se encuentre totalmente desacreditada. Entonces, la primera tarea del partido revolucionario en todos los países, sería [para los mencheviques] inexorablemente el semiarrepentimiento. Pero, este mecanismo extremadamente simple, es resuelto una vez que la cuestión es transferida a la arena de la guerra civil.

Las condiciones para la construcción socialista

Una vez conquistado el poder, el trabajo de construcción, sobre todo en el campo económico, se convierte en el trabajo clave, y también en el más difícil. Su solución depende de factores de muy variado orden y de diferente magnitud. En primer lugar, del nivel de desarrollo de las fuerzas productivas, y sobre todo de la relación recíproca entre la industria y la agricultura. En segundo lugar, de la cultura general y del nivel de organización de la clase obrera que ha conquistado el poder del Estado. Finalmente, de la situación política internacional y nacional: es decir, si la burguesía ha sido derrotada decisivamente, o si continúa resistiendo todavía; si están en curso intervenciones militares extranjeras; si la *intelligentsia* técnica se dedica al sabotaje, etc. La importancia relativa de estos factores para la construcción del socialismo sigue este orden. El factor fundamental es el nivel de las fuerzas productivas; luego, el nivel cultural del proletariado; finalmente, la situación política y militar en la que se encuentra el proletariado tras la conquista del poder. Pero este es un orden rigurosamente lógico. En la práctica, la clase obrera, al asumir el poder, se enfrenta inicialmente a las dificultades políticas. En nuestro país hemos tenido los guardias blancos, las intervenciones militares, etc. En segundo lugar, la vanguardia proletaria se tropieza con las dificultades que surgen del nivel cultural inadecuado de las más amplias masas trabajadoras. Y sólo después, y en tercer lugar, la construcción económica choca con los límites establecidos por el nivel existente de las fuerzas productivas.

Nuestro partido, una vez en el poder, debía casi siempre llevar adelante su trabajo bajo la presión de las necesidades de la guerra civil. La historia de la construcción económica durante los cinco años de existencia de la Rusia soviética no puede ser comprendida únicamente desde un punto de vista económico. Debe ser abordada en primer lugar, con el barómetro de las necesidades político-militares, y sólo en segundo lugar con el de la conveniencia económica. Lo que es racional en la vida económica no siempre lo es en la vida política. Si me veo amenazado por una invasión de guardias blancos, hago volar el puente. Desde el punto de vista de la conveniencia económica abstracta, esto es un barbarismo, pero desde el punto de vista político es una necesidad. Sería un tonto y un criminal si no volara el puente en el momento justo. Estamos reconstruyendo nuestra economía de conjunto, bajo la presión de la necesidad de asegurar militarmente el poder de la clase obrera.

Hemos aprendido de la más elemental escuela marxista que es imposible saltar del capitalismo a una sociedad socialista. Nadie puede interpretar mecánicamente los términos de Engels sobre el paso del reino de la necesidad al reino de la libertad. Nadie

cree que tras la toma del poder pueda construirse de la noche a la mañana una nueva sociedad. Lo que Engels tenía en mente, realmente, era toda una época de transformaciones revolucionarias que, a una escala histórica mundial efectivamente significaría un “salto”. Sin embargo, al nivel del trabajo práctico, no se trata de un salto, sino de todo un sistema de reformas interrelacionadas, transformaciones y algunas veces emprendimientos muy detallados. Es evidente que la expropiación de la burguesía está justificada económicamente, en la medida en que el Estado obrero sea capaz de organizar la explotación de las empresas sobre bases nuevas. Las nacionalizaciones que efectuamos en 1917-18, lo fueron en desarmonía total con las condiciones que acabo de citar. Las potencialidades de organización del Estado obrero se encontraban muy lejos de la nacionalización total. Pero la verdad es que bajo la presión de la guerra civil tuvimos que llevar a cabo esta nacionalización. Es fácil demostrar y comprender que si hubiéramos actuado más prudentemente a nivel económico, es decir, expropiando a la burguesía a un ritmo “racional” y gradual, ello habría sido una gran irracionalidad política y una locura por nuestra parte. Esta política no nos habría permitido celebrar el quinto aniversario de la revolución, en Moscú, con los comunistas del mundo entero. Debemos mentalmente reconstituir las particularidades de nuestra posición como fue conformada tras el 7 de noviembre de 1917. Si hubiéramos podido entrar a la arena del desarrollo socialista tras la victoria de la revolución en Europa, a nuestra burguesía le hubieran temblado las piernas y hubiera sido muy simple enfrentarse a ella. No se habría atrevido a levantar ni un dedo ante la toma del poder por el proletariado ruso. En ese caso, hubiéramos tomado tranquilamente el control sólo de las grandes empresas, permitiendo a las pequeñas y medianas empresas existir por un tiempo sobre bases capitalistas privadas. Más tarde reorganizaríamos las empresas medianas teniendo en cuenta estrictamente nuestras potencialidades y necesidades organizativas y productivas. Este orden hubiera estado incuestionablemente en armonía con la “racionalidad” económica, pero desafortunadamente la secuencia política de los hechos no permitió, esta vez, tomarlo en consideración.

De un modo general, debemos comprender que las revoluciones son la expresión manifiesta de que el mundo en absoluto se encuentra gobernado por la “racionalidad económica”; es entonces la tarea de la revolución socialista instalar el gobierno de la razón en el dominio de la vida económica y, por lo tanto, en todos los otros dominios de la vida social. Cuando tomamos el poder, el capitalismo dominaba todo el mundo (continúa dominándolo en nuestros días). Nuestra burguesía se negaba a creer, en el caso que pudiera hacerlo, que el triunfo revolucionario de octubre era serio y duradero. Después de todo, la burguesía permanecía en el poder en Europa y en el resto del mundo. Pero en nuestro país, en la Rusia atrasada, quien se alzó con el poder fue el proletariado.

La burguesía rusa, que nos odiaba, se negó a tomarnos en serio. Los primeros decretos del poder revolucionario fueron acogidos con risas despectivas. Se burlaban y continuaban insaciables. Incluso los periodistas, con una gran desvergüenza, se negaron a tomar en serio las medidas revolucionarias básicas del gobierno obrero. La burguesía pensaba que era una broma trágica, un malentendido. ¿Cómo podía ser posible, en estas condiciones, enseñar a la burguesía y a sus servidores a respetar el nuevo poder si no era confiscándole sus propiedades? No había otro medio para ello. No hubo siquiera una fábrica, un banco, un pequeño comercio, un estudio de abogado que no se transformara en fortaleza contra nosotros. Proporcionaron a la contrarrevolución belicosa una base material y una red orgánica de comunicaciones. Los bancos en esta época mantuvieron a los saboteadores de un modo casi abierto, pagando a los funcionarios en huelga. Por ello exactamente no hemos considerado el asunto en relación con una “racionalidad”

económica abstracta (como lo hicieran Otto Bauer, Martov y otros eunucos políticos), sino en relación con las necesidades de la guerra revolucionaria. Era necesario destruir al enemigo, privarle de sus fuentes de aprovisionamiento, independientemente de si la actividad económica podía marchar al paso de esto. En la esfera de la construcción económica, en esta época estábamos obligados a concentrar todos nuestros esfuerzos en la tarea más elemental: dar un apoyo material, incluso a niveles de semihambuna, al mantenimiento del Estado obrero, alimentar y vestir al Ejército Rojo que defendía al Estado en los frentes; para alimentar y vestir (lo que estaba en segundo orden de importancia) al sector de la clase obrera que permanecía en las ciudades. Esta primitiva economía estatal que resolvió estas tareas para mal o para bien, recibió posteriormente el nombre de “comunismo de guerra”.

El comunismo de guerra

Tres preguntas son muy apropiadas para definir el comunismo de guerra: ¿cómo se consiguió el aprovisionamiento de alimentos? ¿cómo fueron repartidos? ¿cómo fue regulada la producción de las industrias estatales?

El poder soviético no tenía un mercado libre para los granos, sino un monopolio basado en el viejo aparato comercial; en poco tiempo, la guerra civil destruyó este aparato. Careciendo de todo, al Estado obrero le era necesario improvisar rápidamente un sustituto de aparato estatal que absorbiera el grano de los campesinos y concentrara el aprovisionamiento. Los recursos fueron distribuidos virtualmente, sin tener en cuenta la productividad del trabajo. No podía ser de otro modo. Para establecer una relación entre el trabajo y los salarios es necesario disponer de un aparato de administración económica más perfeccionado y mayores recursos de víveres. Durante los primeros años del régimen soviético se trataba, fundamentalmente, de evitar que la población urbana muriera de hambre. Se consiguió gracias a raciones fijas de alimentos. La confiscación de los excedentes de granos de los campesinos y el reparto de raciones no eran medidas propias de una economía socialista, sino de una fortaleza asediada. Bajo ciertas condiciones, por ejemplo, la repentina erupción de la revolución en Occidente, la transición de un régimen de fortaleza asediada a un régimen socialista se hubiera visto facilitada, y pronto se hubiera extendido a otros niveles. Pero hablaremos de esto más adelante.

¿Cuál era la esencia del comunismo de guerra en relación a la industria? Toda economía puede crecer si existe cierta proporcionalidad entre sus diferentes sectores. Las distintas ramas de la industria entran en relaciones específicas cuantitativas y cualitativas, unas con otras. Debe existir una cierta proporción entre las ramas que producen bienes de consumo y las de bienes de producción. Las proporciones adecuadas deben ser preservadas dentro de cada una de esas ramas. En otras palabras, los medios materiales y la fuerza de trabajo viva de una nación y de toda la humanidad deben ser asignadas de acuerdo con una cierta correlación entre la agricultura y la industria y las distintas ramas de la industria de modo tal de permitirle a la humanidad existir y progresar. ¿Cómo se logra esto? Bajo el capitalismo se logra a través del mercado, la libre competencia, la ley de la oferta y la demanda, el mecanismo de los precios, la sucesión de períodos de prosperidad y de crisis. Llamamos a este método anárquico, ya que está ligado al despilfarro de una gran cantidad de recursos y de valores a través de crisis periódicas, y conduce inevitablemente a guerras que amenazan con destruir la cultura humana. Sin embargo, este método capitalista anárquico establece, dentro de los límites de su acción histórica una proporcionalidad relativa entre las distintas ramas de

la economía, una correlación necesaria gracias a la cual la sociedad burguesa es capaz de existir sin asfixiarse.

Nuestra economía de preguerra tenía su propia proporcionalidad interna, establecida como resultado del juego de las fuerzas capitalistas en el mercado. Entonces, vino la guerra, y con ésta una vasta reorganización de la correlación entre las diferentes ramas de la economía. La industria de guerra surgió como un hongo venenoso a expensas de las industrias de tipo usual. Después vino la revolución y la guerra civil con su caos y sabotaje, con su desgaste secreto. ¿Y qué heredamos? Una economía que conservaba todavía restos de proporcionalidad entre los sectores; tal proporcionalidad, sin embargo, había existido bajo el capitalismo, pero fue deformada por la guerra imperialista y destruida por la guerra civil. ¿Qué métodos podíamos usar para encontrar la vía del desarrollo económico? La vida económica socialista será dirigida de forma centralizada, del mismo modo que la proporcionalidad se obtendrá mediante un plan meticuloso que observará todas las proporciones y dará a cada sector una relativa autonomía a condición de que permanezca bajo la dependencia de un control nacional e internacional.

Pero no se puede crear *a priori* la organización global de la economía, el método de contabilidad socialista, a través de la elucubración o dentro de las paredes de una oficina. Sólo podrá crecer a través de una adaptación gradual de la contabilidad económica práctica existente en relación a los recursos materiales disponibles, junto con las posibilidades latentes, así como con las nuevas necesidades de la sociedad socialista. Hay un largo camino por delante. ¿Por dónde entonces podíamos y debíamos haber comenzado en 1917-1918? El aparato capitalista (con su mercado, sus bancos e intercambios) había sido destruido. La guerra civil se encontraba en su apogeo. Ni siquiera se podía hablar de llegar a un acuerdo en términos económicos con la burguesía, o incluso un sector de ella, en el sentido de concederle ciertos derechos económicos. El aparato burgués había sido destruido tanto a escala nacional como en el interior de cada empresa individual. Se nos impuso entonces la siguiente tarea candente: crear un aparato sustituto, aunque fuera tosco y provisorio, para extraer de nuestra herencia industrial caótica las provisiones indispensables para el ejército en guerra y para la clase obrera. No era estrictamente una tarea económica, sino un trabajo de producción en tiempo de guerra.

Con la ayuda de los sindicatos, el Estado se hizo cargo de las empresas industriales una a una, e instaló un aparato incómodo y poco o mal centralizado. A pesar de sus defectos, nos permitió proveer a las tropas en los frentes con víveres y equipamiento militar, el volumen de esto era extremadamente inadecuado, pero sin embargo fue suficiente para que salgamos de la lucha no como los vencidos sino como los vencedores. La política de confiscación de los excedentes agrícolas condujo inevitablemente a una contracción y caída de la producción agrícola. La política de igualdad de salarios desembocó obligatoriamente en el descenso de la productividad del trabajo. La política de una dirección burocrática centralizada de la industria excluía la posibilidad de una dirección centralizada genuina, de una utilización plena del equipamiento técnico junto con la fuerza de trabajo disponible. Pero toda esta política de comunismo de guerra nos fue impuesta por el régimen de una fortaleza sitiada, con una economía desorganizada y los recursos malgastados.

Podéis sin duda preguntaros si pensábamos realizar la transición del comunismo de guerra al socialismo sin dar giros económicos importantes, sin experimentar convulsiones, sin retroceder, es decir, efectuar la transición más o menos a lo largo de una curva sostenidamente ascendente. Sí, es cierto que en ese período realmente pensábamos que el desarrollo de la Europa occidental revolucionaria tendría lugar

pronto. Esto es innegable. Si el proletariado en Alemania, en Francia, en toda Europa, hubiera conquistado el poder en 1919, el desarrollo de la economía habría presentado una forma distinta. En 1883, Marx escribía a Nicolás Danielson, uno de los teóricos del populismo ruso (narodniki), que el proletariado tendría el poder antes de que fuera abolida la “obstina rusa” (comuna agrícola), y que ésta se convertiría en el comienzo del desarrollo comunista en Rusia. Tenía razón. Mayor razón teníamos aún nosotros pensando que si la clase obrera europea hubiera conquistado el poder en 1919, habría llevado a remolque a nuestro atrasado país (en lo que se refiere a la economía y a la cultura), y, de este modo, nos habría ayudado sin duda alguna en cuanto a técnica y organización, y nos habría permitido, corrigiendo e incluso modificando nuestros métodos de comunismo de guerra, dirigirnos hacia una auténtica economía socialista. Tales eran efectivamente nuestras esperanzas. Jamás hemos basado nuestra política en la minimización de las perspectivas y las posibilidades revolucionarias. Por el contrario, en cuanto fuerza revolucionaria viva, nos hemos esforzado en extender y agotar estas posibilidades. Únicamente los Scheidemann⁶ y los Ebert eran quienes, en víspera de la revolución, renegaban de ella y se prestaban a convertirse en ministros de Su Majestad imperial. La revolución les coge por sorpresa, les ahoga. Se debaten débilmente y, más tarde, a la primera oportunidad, se transforman en instrumentos de la contrarrevolución.

En lo que concierne a los de la II Internacional y media, se esforzaron por distanciarse de la II Internacional. Proclamaron el comienzo de una época revolucionaria y reconocieron la dictadura del proletariado. Evidentemente, sólo se trataba de palabras vacías. Al primer síntoma de reflujó, toda esta basura humana volvió al redil de Scheidemann. Pero el simple hecho de que se formara esta II Internacional y media prueba que las perspectivas revolucionarias de la Internacional Comunista, y de nuestro partido en particular, en absoluto eran una “utopía”. No solamente desde el punto de vista de la tendencia general del desarrollo histórico, sino también desde el punto de vista de su ritmo actual. Después de la guerra, el proletariado careció de un partido revolucionario. La socialdemocracia salvó al capitalismo; es decir, retrasó la hora de su muerte en algunos años, o, más precisamente, prolongó su agonía, porque la vida del mundo capitalista no es más que una larga agonía. En todo caso, ello no proporcionó casi condiciones favorables a la República soviética y a su desarrollo económico. La Rusia obrera y campesina quedó atrapada en el bloqueo económico. No recibimos de Occidente una asistencia técnica y organizativa, sino una serie de intervenciones militares. Por todo ello, pareció evidente que militarmente saldríamos vencedores, pero que económicamente estaríamos durante muchos años aún obligados a continuar dependiendo de nuestros propios recursos y de nuestras propias fuerzas.

La Nueva Política Económica (NEP)

Una vez fuera del comunismo de guerra, es decir, de las medidas de emergencia encaminadas a sostener la vida económica de la fortaleza asediada, se hizo sentir la necesidad de pasar a un sistema de medidas que asegurara una expansión gradual de las fuerzas productivas del país, incluso sin la colaboración de una Europa socialista. La victoria militar, que hubiera sido imposible sin el comunismo de guerra, nos permitió pasar de las medidas dictadas por la necesidad militar a medidas dictadas por la conveniencia económica. Este es el origen de la “nueva política económica”. A menudo ha sido denominada como una retirada y, nosotros también, con buenas razones para

⁶ Philip Scheidemann (1865-1939): dirigente socialdemócrata alemán de derecha. Durante la Primera Guerra Mundial, exponente del socialchovinismo al adherirse, con los socialistas “mayoritarios” a la Unión Sagrada. En 1918 formó parte del gobierno burgués del Príncipe Max de Bade.

ello, la llamamos así. Pero con el fin de estimar exactamente lo que implica esta retirada, y con el fin de comprender que no tiene semejanzas con una “capitulación”, es necesario inicialmente tener una imagen clara de nuestra situación económica presente y de las tendencias de su desarrollo.

En marzo de 1917, el zarismo fue derrocado. En octubre de 1917, la clase obrera tomó el poder. Prácticamente, toda la tierra, nacionalizada por el Estado, pasó a las manos de los campesinos. Los campesinos cultivaban esta tierra; en la actualidad se ven obligados a pagar al Estado un impuesto fijo en especie, que constituye el fondo de la construcción socialista. Todos los ferrocarriles, las empresas industriales, se convirtieron en propiedad del Estado y, salvo raras excepciones, el Estado las hace funcionar en beneficio propio. El sistema crediticio se encuentra en manos del Estado. El comercio exterior es un monopolio del Estado. Toda persona capaz de evaluar seriamente y sin prejuicios el resultado de los últimos cinco años de existencia del Estado obrero debería decir: sí, evidentemente, para un país atrasado, hubo un notable avance socialista. Su principal particularidad se encuentra, sin embargo, en el hecho de que no fue llevado a cabo según un movimiento ascendente regular, sino en zigzag. Hemos tenido el régimen de Comunismo, posteriormente se abrieron las puertas a las relaciones del mercado. La prensa burguesa declaró que este giro político era una renuncia al comunismo, que marcaba el comienzo de una capitulación al capitalismo. Es evidente que los socialdemócratas interpretan este tema, lo elaboran y lo comentan. Difícilmente puede dejar de reconocerse que, aquí y allí, incluso algunos de nuestros amigos dudaron: ¿no se trata ciertamente de una capitulación enmascarada ante el capitalismo? ¿No existe un peligro real de que éste pueda, apoyándose en el libre mercado nuevamente instaurado, comenzar su desarrollo y, de este modo, triunfar sobre el socialismo?

Para responder a esta cuestión es totalmente necesario disipar un malentendido básico. Es falso afirmar que el desarrollo económico soviético pase del comunismo al capitalismo. No existió un comunismo. Incluso no ha existido socialismo, y no hubiéramos podido tenerlo. Hemos nacionalizado la economía burguesa desorganizada y, durante el período crítico de la lucha de vida o muerte, hemos establecido un régimen de “comunismo” en la distribución de los artículos de consumo. Al haber vencido a la burguesía en el campo político y en la guerra, hemos podido tomar las riendas de la vida económica y, nos vimos obligados a reintroducir las formas del mercado en las relaciones entre la ciudad y el campo, entre las diferentes ramas de la industria, y entre las empresas individuales.

Si fracasaba el libre mercado, el campesino no hubiera sido capaz de encontrar su sitio en la vida económica, perdiendo el estímulo para mejorar y extender sus cosechas. Únicamente un ascenso poderoso de la industria que permita satisfacer las necesidades del campesinado y de la agricultura preparará el terreno para integrar al campesino en el sistema general de la economía socialista. Técnicamente, esta tarea será resuelta por la electrificación, que asestará el golpe definitivo a la vida rural atrasada, al aislamiento de los *mujiks* y al embrutecimiento de la vida en el campo. Pero el camino hacia esto pasa por mejorar la vida económica de los campesinos propietarios. El Estado obrero puede hacerlo a través del mercado, que estimula los intereses personales del pequeño propietario. Los beneficios iniciales se encuentran al alcance de la mano. Este año el campo proporcionará al Estado obrero más granos (bajo la forma de impuestos en especie) que, en la época del comunismo de guerra, a través de la confiscación de los excedentes. La agricultura, sin duda alguna, se desarrolla. El campesinado se encuentra satisfecho (y en ausencia de relaciones normales entre el campesinado y el proletariado es imposible el desarrollo socialista).

La Nueva Política Económica no surge únicamente de las relaciones mutuas entre la ciudad y el campo. Esta política es una etapa necesaria en el crecimiento de la industria de Estado. Entre el capitalismo (en el cual los medios de producción pertenecen a los particulares, y en el cual las relaciones económicas son reguladas por el mercado) y el socialismo completo, con su economía socialmente planificada, existen etapas de transición; la NEP es una de ellas. Para precisar tomemos como ejemplo la red ferroviaria. Es precisamente el ferrocarril el que ofrece un campo que está preparado en grado máximo para la economía socialista, porque la red fue nacionalizada bajo el capitalismo, centralizada y casi normalizada por las exigencias tecnológicas. Más de la mitad de la red la obtuvimos del Estado y el resto lo confiscamos a las compañías privadas.

Una auténtica dirección socialista debe considerar la red ferroviaria como un todo y no desde un punto de vista del propietario de ésta o aquella línea de ferrocarril, sino desde el punto de vista de los intereses del sistema de transportes y de la economía nacional de conjunto. Debe repartir las locomotoras y los vagones entre las diferentes líneas para satisfacer las necesidades de toda la vida económica. Pero la transición a esta economía no es sencilla, incluso en un marco centralizado como es el transporte por ferrocarril. Implica gran número de etapas técnicas y económicas. Por ejemplo, las locomotoras son de muy diversos tipos, pues fueron construidas en épocas distintas y por diferentes compañías. Además, locomotoras de distintos tipos son reparadas en un mismo taller, mientras que locomotoras de un mismo tipo son reparadas en diferentes talleres. La sociedad capitalista malgasta una enorme cantidad de fuerza de trabajo a causa de la diversidad y del caleidoscopio anárquico de las partes que constituyen su aparato productivo. Es necesario reunir las locomotoras según su modelo y repartirlas entre las diferentes líneas de la red ferroviaria. Este será el primer paso hacia la normalización, es decir, la creación de una cierta homogeneidad tecnológica en relación con las locomotoras y sus elementos. La normalización, y esto fue dicho varias veces, es el socialismo en la tecnología. El fracaso en la normalización impide que la tecnología alcance su pleno florecimiento. ¿Dónde deberíamos comenzar sino en la red ferroviaria?

Fue abordada esta tarea, pero inmediatamente aparecieron grandes obstáculos. Las líneas, privadas o estatales, entraron en relación con otras empresas por intermedio del mercado. En este caso particular, ello era necesario e inevitable desde el punto de vista económico, porque el equipamiento y desarrollo de una línea dependen principalmente de su justificación económica. Es el mercado el que certifica la rentabilidad económica de una línea, ya que todavía no hemos elaborado los métodos de cálculo de una economía socialista. Y estos métodos, como ya he dicho, sólo estarán disponibles como resultado de una experiencia práctica amplia, adquirida gracias a la nacionalización de los medios de producción.

De este modo, durante la guerra civil, los viejos métodos de control económico fueron eliminados antes de la creación de otros nuevos. En estas condiciones, la red ferroviaria fue unificada formalmente, pero cada línea perdió contacto con el resto del medio económico y quedó suspendida en el aire. Considerando la red como una entidad técnica autosuficiente, fijando tipos uniformes de locomotoras, centralizando el trabajo de reparación y, por consiguiente, siguiendo un plan técnico-socialista abstracto, nos arriesgábamos a perder totalmente el control de lo que era necesario, aprovechable o no, de cada línea particular y de la red. ¿Qué línea debía ser ampliada o acortada? ¿Qué personal sería asignado a cada línea? ¿Qué capacidad de carga transportaría el Estado para sus necesidades propias y cuál sería destinada para las necesidades de individuos particulares y organizaciones?

Todas estas cuestiones, en una etapa histórica dada, únicamente pueden ser resueltas a través de tarifas fijas de transporte, una contabilidad correcta y un cálculo comercial exacto. Manteniendo un equilibrio entre pérdidas y ganancias en las diferentes secciones de la red, ligado a las otras ramas de la economía, seremos capaces de elaborar los métodos de cálculo socialista y los métodos de un nuevo plan económico. De aquí surge la necesidad, incluso si la red es propiedad del Estado, de permitir a las líneas particulares, o a los grupos de líneas, que conserven su independencia económica, en el sentido de ser capaces de ajustarse a todas las otras empresas de las que dependen o a las que sirven. En sí mismos, los planes abstractos y las metas socialistas formales no son suficientes para conmutar la dirección de la red ferroviaria de una vía capitalista a otra socialista. Durante un largo período, el Estado obrero deberá utilizar los métodos capitalistas, es decir, los métodos del mercado, para dirigir la red. Estas consideraciones se aplican aún en mayor medida a las empresas industriales, que no se encontraban tan centralizadas y normalizadas bajo el capitalismo como las líneas de ferrocarril. Con la liquidación del mercado y del sistema de crédito, cada fábrica se asemeja a un teléfono al que se le hubieran cortado los cables.

El comunismo de guerra ha creado un sustituto burocrático de la unidad económica. Las fábricas de producción de maquinarias de los Urales, de la cuenca del Donets, en Moscú, Petrogrado y otras ciudades fueron consolidadas bajo un único Comisariado Central que las aprovisionaba de combustibles, materias primas, equipos técnicos y fuerza de trabajo, manteniendo a esta última a través del sistema de raciones iguales. Evidentemente, tal dirección burocrática igualaba las empresas consideradas individualmente, suprimía la posibilidad de verificar la capacidad productiva y el beneficio, incluso si la contabilidad de la Comisión Central se hubiera distinguido por un grado mayor de precisión, lo que no ocurría. Antes de que cada empresa pueda funcionar plenamente como una célula del organismo socialista, deberemos emprender actividades transitorias a gran escala para operar la economía a través del mercado durante varios años. Durante este período de transición, cada empresa o grupo deberá, en un grado diferente, orientarse independientemente, y probarse en el mercado.

Este es precisamente el quid de la Nueva Política Económica: mientras que políticamente ha significado que las concesiones al campesinado están en el centro, su importancia no es menor como una etapa inevitable en el desarrollo de la industria estatal durante la transición de la economía capitalista a la socialista. Para regular la industria, el Estado obrero ha recurrido a los métodos de mercado. Un mercado debe tener un equivalente general y, en nuestro caso, como ya sabéis, éste se encuentra en una situación desoladora. El camarada Lenin ya se ha referido a nuestros esfuerzos para obtener un rublo más o menos estable. Ha señalado que nuestras tentativas no habían sido totalmente fallidas. Con el restablecimiento del mercado, es interesante señalar el reavivamiento de manifestaciones fetichistas en el campo del pensamiento económico. Entre los que han sido afectados por ellas, se encuentran numerosos comunistas que ya no hablan como comunistas sino como comerciantes. Nuestras empresas sufren, como sabéis, de una falta de recursos; pero, ¿dónde encontrarlos? Por qué no, como es obvio, en la impresión de billetes. Sólo necesitamos, se argumenta, aumentar la emisión de moneda para poner a funcionar un número de fábricas y plantas que ahora están cerradas. “A cambio de vuestros miserables billetes que emitís en cantidad ínfima (dicen ciertos camaradas), les podríamos proporcionar en algunos meses ropas, calzados, víveres y otras cosas maravillosas”. Este razonamiento es evidentemente falso. La escasez de los medios de circulación es simplemente la manifestación de nuestra pobreza.

Esto significa que para expandir la producción se debe pasar por una etapa de acumulación primitiva socialista. Nuestra pobreza en carbón, alimentos, locomotoras, viviendas, etc., hoy asume la forma de la escasez en los medios de circulación porque hemos cambiado nuestra vida económica sobre las bases del mercado. De este modo, la industria pesada ha envidiado los éxitos de la industria ligera. ¿Cuál puede ser la significación de este hecho? Quiere decir simplemente que con el incipiente reavivamiento de la economía los recursos disponibles son dirigidos principalmente donde se los necesitaba con mayor urgencia, es decir a las ramas que producen artículos para el consumo personal y productivo de los obreros y los campesinos. El mundo de los negocios se llenó de empresas de este tipo. Las empresas del Estado entran en competencia entre ellas mismas, y en parte con las empresas privadas que, como sabemos, no son numerosas. Sólo así, la empresa nacionalizada aprenderá a funcionar correctamente. No existe otro modo para llegar a tal meta. Ni los planes económicos incubados entre los muros de un despacho, ni los sermones comunistas abstractos garantizarán nada de ello. Cada empresa del Estado, con su director técnico y comercial, deberá necesariamente estar sujeta a un control permanente que provendrá no sólo de arriba, o del Estado, sino también de abajo, es decir del mercado que continuará siendo el regulador de la economía estatal durante largos años en el futuro. A medida que la industria ligera estatal, consolidándose en el mercado, comience a proveer al Estado con ingresos, adquiriremos medios de circulación para la industria pesada.

No es éste el único recurso a disposición del Estado. Existen otros como los impuestos en especie que proceden de los campesinos, los impuestos sobre la industria y el comercio privados, las tarifas aduaneras, etc. Las dificultades financieras de nuestra industria no tienen un carácter aislado, sino que se derivan de todo el proceso de nuestro reavivamiento económico. Si nuestro Comisariado de Finanzas tuviera que acoger las peticiones de cada empresa industrial incrementando sus emisiones de moneda, el mercado habría rechazado la moneda superflua antes de que las fábricas hubieran llegado a lanzar los nuevos productos a los mercados. En otras palabras, el valor del rublo caería de modo tan catastrófico, que el poder de compra de esta emisión doble o triple sería menor que el de la moneda actualmente en circulación. Nuestro Estado no renuncia a nuevas emisiones de moneda, pero deben ser conformes al proceso económico actual y calculadas de modo que incrementen el poder de compra del Estado, ayudando de este modo a la acumulación primitiva socialista.

Nuestro Estado, por su parte, no renuncia *in toto* a la economía planificada, es decir, a introducir correcciones deliberadas y perentorias en las actividades del mercado. Actuando de esta forma, el Estado no parte de un cálculo *a priori* o de planes hipotéticos extremadamente inexactos y abstractos, como ocurrió durante el comunismo de guerra. Su punto de partida se encuentra en la acción del mercado; y uno de los instrumentos de regulación del mercado es la condición de la moneda del país y de su sistema de crédito gubernamental centralizado.

Las fuerzas y los recursos de los dos campos

¿Adónde nos conduce, por consiguiente, la NEP? ¿Hacia el capitalismo o hacia el socialismo? Evidentemente, en este punto se encuentra la cuestión central. ¿Cuáles serán las consecuencias del mercado, de la libertad de comercio de los cereales, de la competencia, de los arrendamientos, de las concesiones? Si se da un dedo al diablo, ¿no será necesario entregarle posteriormente un brazo, luego medio cuerpo, y finalmente el cuerpo entero? Somos ya testigos de un reavivamiento del capital privado en el comercio, especialmente a través de los canales entre la ciudad y el campo. Por segunda

vez en nuestro país, el capital privado de los comerciantes está atravesando una etapa de acumulación capitalista primitiva, al tiempo que el Estado obrero está atravesando un período de acumulación primitiva socialista. Tan pronto como surge, el capital de los comerciantes busca ineludiblemente deslizarse hacia posiciones industriales. El Estado alquila fábricas a hombres de negocios. En consecuencia, la acumulación del capital privado ahora, continúa no meramente en el comercio sino también en la industria. ¿No es entonces probable, que los señores explotadores (los especuladores, los mercaderes, los arrendatarios y los concesionarios) se hagan más poderosos bajo la protección del Estado obrero, ganando el control de un sector incluso mayor de la economía nacional, desangrando los elementos de socialismo a través del mercado, y más tarde en el momento apropiado, ganando también el control del poder estatal?

Sabemos, al igual que Otto Bauer, que la economía constituye la base social, y la política su superestructura. Entonces, ¿todo esto, no significa realmente que la NEP es una transición a la restauración capitalista? Al responder abstractamente a una pregunta planteada de manera abstracta, uno no puede negar, por supuesto, que el peligro de la restauración capitalista de ninguna manera está excluido en general, más que el peligro de una derrota temporaria en el curso de cualquier lucha. Cuando combatíamos a Denikin y a Kolchak, que estaban respaldados por la Entente, corríamos el peligro probable de ser derrotados, como Kautsky esperaba, de un día para el otro. Pero, mientras tomábamos en consideración la posibilidad teórica de la derrota, orientamos nuestra política en la práctica hacia la victoria. Compensamos esta relación de fuerzas con una firme voluntad y una estrategia correcta. Y al final, vencimos. Una vez más, se produce una guerra entre los mismos enemigos: el Estado obrero y el capitalismo. Pero esta vez, las hostilidades ocurren no en la arena militar sino en la economía. Mientras que, durante la guerra civil, se producía un duelo entre el Ejército Rojo y el Blanco para influir sobre los campesinos, actualmente la lucha tiene lugar entre el capital estatal y el privado sobre el mercado campesino. En una lucha siempre es necesario tener una estimación lo más correcta posible de las fuerzas y recursos de que puede disponer el enemigo y las que están a nuestra disposición.

Nuestra principal arma en la lucha económica que está ocurriendo sobre la base del mercado es el poder estatal. Únicamente los reformistas simplistas no lo comprenden. La burguesía lo comprende, y su historia nos lo prueba. La otra arma de que dispone el proletariado es que las fuerzas productivas más importantes del país se encuentran en sus manos. Toda la red ferroviaria, la industria minera, la masa de las empresas al servicio de la industria se encuentran bajo la dirección económica de la clase obrera. De igual modo, el Estado obrero posee la tierra, y los campesinos contribuyen cada año mediante el pago de cientos de millones de impuestos en especie. El poder obrero controla las fronteras estatales. Las mercancías y el capital extranjero generalmente, sólo pueden acceder a nuestro país dentro de ciertos límites que son juzgados deseables y legítimos por el Estado obrero. Estas son las armas y los medios de construcción del socialismo. Nuestros adversarios tienen ciertamente la oportunidad de acumular capital, incluso bajo el poder obrero, utilizando el mercado libre de los granos. El capital de los comerciantes puede infiltrarse, y de hecho lo hace, en la industria, en las empresas arrendadas. Saca un beneficio de ello, y se desarrolla. Esto es innegable. Pero, ¿cuáles son las relaciones cuantitativas recíprocas entre estas fuerzas opuestas? ¿Cuál es su dinámica? En esta esfera, como en las otras, la cantidad se transforma en calidad. Si las más importantes fuerzas productivas del país cayeran en manos del capital privado no podría hablarse de construcción del socialismo, y estarían contados los días del poder obrero. ¿Cuán grande es este peligro? ¿Está próximo?

Únicamente los hechos y las cifras pueden responder a estas cuestiones. Sólo citaré los datos más importantes e indispensables. Nuestra red ferroviaria se extiende sobre 63.000 verstas [1 versta equivale a 1.067 metros, N. del T.], emplea a ochocientas mil personas y se encuentra totalmente en manos del Estado. No se puede negar su importancia en la vida económica, y que es un factor decisivo de la misma, de tal modo que no queremos que se deslice de nuestras manos. Veamos ahora la industria. Bajo la Nueva Política Económica, todas las empresas, sin excepción, son propiedad del Estado. Es cierto, igualmente, que algunas empresas han sido arrendadas. ¿Cuál es la relación entre las industrias que el Estado continúa dirigiendo y las que han sido arrendadas? Puede estimarse que, según las cifras siguientes, existen algo más de cuatro mil empresas estatales que emplean a casi un millón de trabajadores, mientras que existen, un poco de cuatro mil empresas arrendadas que dan trabajo a unos ochenta mil obreros. En las empresas estatales, el número de obreros por empresa es, como media, de doscientos siete, mientras que en el caso de las empresas arrendadas es de diecisiete obreros por empresa. La explicación se debe encontrar en que las que están bajo arriendo son empresas de secundarias y en su gran mayoría terciarias en el sector de la industria liviana. Entre ellas, únicamente el 51% son explotadas por capitalistas privados. Las restantes se encuentran bajo la dirección de los comisariados y de las sociedades cooperativas de distribución que son las que alquilan las empresas al Estado, poniéndolas en funcionamiento por su cuenta. En otras palabras, hay alrededor de dos mil de las empresas más pequeñas, que emplean a cuarenta o cincuenta mil personas, explotadas por el capital privado, contra cuatro mil empresas poderosas y bien equipadas, que dan trabajo a casi un millón de obreros, dirigidas por el Estado soviético.

Es ridículo hablar del triunfo del capitalismo “en general” ante tales cifras y hechos. Naturalmente, las empresas arrendadas entran en competencia con las empresas estatales, y de modo abstracto se puede llegar a decir que si las empresas arrendadas se encontraran muy bien dirigidas y las empresas estatales muy mal, el capital privado, al cabo de algunos años, devoraría al capital estatal. Pero nos encontramos muy lejos de que esto ocurra. El control del proceso económico permanece en manos del poder del Estado; y éste se encuentra en manos de la clase obrera. Debido al restablecimiento del mercado, el Estado obrero introduce naturalmente cierto número de cambios jurídicos indispensables para obtener un rendimiento del mercado. En la medida en que estas reformas legales y administrativas abren la posibilidad de una acumulación capitalista, constituyen concesiones indirectas pero muy importantes. Pero nuestra neoburguesía sólo será capaz de explotarlas en consonancia con sus recursos económicos y políticos. Sabemos cuáles son estos recursos, y que son más bien escasos. En el plano político, su valor es nulo. Haremos cuanto podamos para impedir que la clase burguesa acumule el más mínimo capital en el plano político. No debemos olvidar que el sistema crediticio y el aparato impositivo, permanece en manos del Estado obrero. Ambos son un arma importante en la lucha entre la industria estatal y la privada. Es verdad, que el capital privado juega un rol más extenso en el campo del comercio. Aunque carezcamos de cifras válidas en este campo, según las primeras aproximaciones de las estadísticas de nuestras cooperativas de distribución, el capital privado comercial comprende al treinta por ciento del rendimiento comercial de nuestro país. Por su parte, el Estado y las cooperativas tienen el setenta. El capital privado juega en general el papel de intermediario entre la agricultura y la industria, y, en parte, entre las distintas ramas industriales. En efecto, las empresas más importantes y el comercio exterior se encuentran en manos del Estado. El Estado es, por consiguiente, el principal comprador y vendedor en el mercado. Bajo estas condiciones, las cooperativas de distribución pueden fácilmente competir con el capital privado, con el tiempo trabajando a favor de

las primeras. Repitamos, una vez más, que las tijeras de poda de los impuestos son un instrumento muy importante. Gracias a ellas el Estado obrero podrá podar la joven planta del capitalismo, no sea que se enriquezca excesivamente.

En teoría, hemos mantenido siempre que el proletariado, tras haber conquistado el poder, se vería obligado a tolerar junto a las empresas estatales, la existencia de aquellas empresas privadas que son tecnológicamente menos avanzadas y menos adaptadas a la centralización. Además, sabíamos que las relaciones entre las empresas estatales y las privadas, así como las relaciones recíprocas entre las empresas de Estado individuales o colectivas, estarían reguladas por el comercio y sus cálculos monetarios. Y, por esta misma razón, hemos reconocido que paralelamente con el proceso de reorganización económica socialista se repetiría el proceso de acumulación capitalista privada. Pero no hemos tenido miedo a que la acumulación privada supere y devore a la economía estatal en expansión. ¿A qué se debe, por consiguiente, todo este debate sobre la victoria inevitable del capitalismo y sobre nuestra pretendida “capitulación”? Existe una razón para ello: no hemos dejado inicialmente las pequeñas empresas en manos privadas, sino que las hemos nacionalizado; las hemos arrendado tras haber intentado que funcionaran en manos del Estado. Poco importa la manera como sea evaluado el zigzag económico, bien como una exigencia que surge de toda la situación, bien como una táctica equivocada, pero es evidente que este giro político, o esta “retirada”, no modifica en medida alguna la relación de fuerzas entre la industria estatal y los sectores privados. Por una parte, está el poder del Estado, el sistema ferroviario y un millón de obreros industriales; y, por la otra, aproximadamente cincuenta mil obreros explotados por el capital privado. ¿Dónde se encuentra, por lo tanto, la más mínima justificación para que, en estas condiciones, esté asegurada la victoria de la acumulación capitalista sobre la acumulación socialista?

Evidentemente, se encuentran en nuestras manos las mejores cartas; todas, salvo una que es muy importante: el capital privado ruso se encuentra sostenido actualmente por el capital mundial. Continuamos viviendo en un cerco capitalista. Por este motivo debe plantearse una cuestión: saber si nuestro socialismo incipiente, que todavía tiene que emplear métodos capitalistas, puede ser acaparado al fin por el mundo capitalista. Siempre hay dos partes en una transacción de este tipo: el comprador y el vendedor. Pero tenemos el poder, está en las manos de la clase obrera. Ella decide qué concesiones hacer, sus objetivos y sus alcances. El comercio exterior es un monopolio. El capital europeo intenta forzar una brecha en él. Pero ellos serán tristemente decepcionados. El monopolio del comercio exterior es un principio esencial para nosotros. Es una de nuestras salvaguardas contra el capitalismo que, evidentemente, no tendría reparos en acaparar nuestro naciente socialismo, tras haber fallado en su intento de destruirlo mediante medidas militares.

Sobre el tema de las concesiones, el camarada Lenin ha dicho: “Las discusiones son abundantes; las concesiones, son escasas”. [Risas] ¿Cómo explicarlo? Precisamente por el hecho de que no hay y no habrá por nuestra parte una capitulación ante el capitalismo. Los que quieren reanudar las relaciones con la Rusia soviética más de una vez han afirmado, y escrito, que el capitalismo mundial, a punto de su mayor crisis, necesita de la Rusia soviética: Inglaterra necesita colocar sus mercancías en Rusia, Alemania necesita cereales rusos, etc. Esto parece cierto si se mira el mundo a través de unas lentes pacifistas. Por esta razón, el tema se presenta continuamente de una forma falseada. En ese caso, podríamos imaginar que los capitalistas ingleses intentarían con todas sus fuerzas invertir sus fondos en Rusia; podríamos imaginar igualmente a la burguesía francesa tratando de orientar a la tecnología alemana en la misma dirección con el fin de crear nuevos recursos que permitirían pagar las indemnizaciones alemanas.

Pero, en absoluto vemos que ocurra así. Y, ¿por qué razón? Porque vivimos en una época en la que el equilibrio del capitalismo ha sido completamente trastornado. Vivimos en una época en la que las crisis económicas, políticas y militares se entrecruzan continuamente. Una época de inestabilidad, de incertidumbre, de alarmas ininterrumpidas. Esto actúa contra una política a largo plazo de la burguesía, porque tal política pronto se transforma en una ecuación con demasiadas incógnitas.

Hemos concluido finalmente un acuerdo comercial exitoso con Inglaterra. Pero esto ocurrió hace un año y medio; en realidad, todas nuestras operaciones con Inglaterra se efectúan mediante pago al contado; pagamos con oro; y, la cuestión de las concesiones todavía está en la fase de discusión. Si la burguesía europea, y principalmente la burguesía inglesa, hubieran creído que una colaboración en gran escala con Rusia traería inmediatamente una mejora seria en la situación económica europea, Lloyd George y compañía habrían, sin duda, dado en Génova una solución diferente a este problema. Pero saben que la colaboración con Rusia no puede aportar inmediatamente modificaciones grandes y profundas. El mercado ruso no eliminará el desempleo inglés en unos pocos meses o en unas semanas. Rusia no puede ser integrada más que gradualmente, como un factor constantemente creciente en la vida económica europea y mundial. Gracias a su vasta extensión, a sus recursos naturales, su gran población y, sobre todo, gracias al estímulo impartido por su Revolución, Rusia puede convertirse en la fuerza económica más importante europea y mundial, pero ello no instantáneamente, de la noche a la mañana, sino únicamente después de muchos años. Rusia podría convertirse en un importante comprador y vendedor, suponiendo que hoy se le dieran créditos y, consecuentemente, se le permitiera acelerar su crecimiento económico. En cinco o diez años, se convertiría en un gran mercado para Inglaterra pero, en este último caso, el gobierno inglés tendría que creer que podría durar diez años, y que el capitalismo inglés sería lo suficientemente fuerte en estos diez años como para retener el mercado ruso. En otras palabras, una política de colaboración económica auténtica con Rusia no puede ser más que una política de colaboración fundada sobre bases muy amplias. El problema se encuentra en que la burguesía de postguerra no es ya capaz de tener una política a largo plazo. No sabe lo que traerá el mañana, y menos aun lo que sucederá pasado mañana. Es uno de los síntomas de la decadencia histórica de la burguesía.

Esto parece estar en contradicción con el intento de Leslie Urquhart, que quiere concluir un acuerdo comercial con nosotros por un período de noventa y nueve años. Sin embargo, esta contradicción es sólo aparente. La motivación de Urquhart es muy simple, pero en cierta manera inalcanzable; si el capitalismo sobrevive en Inglaterra y en el mundo durante estos noventa y nueve años, Urquhart conservará las concesiones con Rusia. Pero, ¿qué sucederá si la revolución proletaria estalla no en noventa y nueve, ni en nueve años sino mucho antes? En este caso, Rusia será el último lugar donde los propietarios expropiados del mundo puedan conservar sus propiedades. Pero un hombre que va a perder su cabeza no tiene motivos para llorar por la pérdida de su peluca... La primera vez que hicimos la oferta de concesiones a largo plazo, Kautsky concluyó que habíamos perdido la esperanza en la llegada próxima de una revolución proletaria. Hoy, tendría que concluir que hemos pospuesto la revolución por al menos noventa y nueve años. Esta conclusión, bastante digna de este teórico venerable planteada algo mezquinamente, carece totalmente de fundamento. En efecto, firmando una concesión particular, asumíamos obligaciones únicamente dentro del código legislativo y del procedimiento administrativo referente a dicha concesión, pero en ningún caso acerca del curso futuro de la revolución mundial, la cual deberá superar diversos obstáculos muy superiores a los acuerdos de una concesión. La pretendida “capitulación” del poder

soviético al capitalismo es deducida por los socialdemócratas no a través de un análisis de hechos y cifras, sino mediante vagas generalidades, así como del término de “capitalismo de Estado” que nosotros empleamos para referirnos a nuestra economía estatal. En mi opinión, este término no es ni exacto ni conveniente. El camarada Lenin ha subrayado ya en su informe la necesidad de poner este término entre comillas, es decir, utilizarlo con muchas precauciones. Es una recomendación muy importante porque no todo el mundo es prudente. En Europa fue interpretado equivocadamente incluso por los comunistas. Son numerosos los que imaginan que nuestra industria estatal representa un auténtico capitalismo de estado, en el sentido más estricto de la palabra, tal como ha sido aceptado universalmente por los marxistas. No se trata exactamente de ello; si se habla realmente de capitalismo de Estado, debe hacerse con importantes comillas que ensombrezcan el propio término. ¿Por qué? Por una razón muy obvia: al utilizar este término no puede olvidarse el carácter de clase del Estado. Este término, lo recordamos, tiene orígenes socialistas. Jaurès y los reformistas franceses, que en general le imitaban, hablaban de una socialización “consistente de la república democrática”. Podemos responder, en cuanto marxistas, que a partir del momento en que el poder político está en manos de la burguesía, esta socialización no era y no podía conducir jamás al socialismo, sino a un capitalismo de Estado; es decir, que la posesión de las diversas industrias, de la red ferroviaria, etc., por diferentes capitalistas sería reemplazada por la posesión de todas las empresas, de la red ferroviaria, etc., por una misma firma burguesa: el Estado. Si la burguesía tiene el poder político continuará explotando al proletariado a través del capitalismo de Estado, del mismo modo que el burgués explota a través de la propiedad privada a sus propios obreros.

El término “capitalismo de Estado” ha sido propuesto e inmediatamente utilizado con fines polémicos por los revolucionarios marxistas contra los reformistas, y ello con el fin de explicar y probar que la auténtica socialización sólo comienza tras la conquista del poder por la clase obrera. Los reformistas, como bien sabéis, construyeron todo su programa alrededor de las reformas. Nosotros, marxistas, jamás hemos negado las reformas socialistas, pero hemos afirmado que la época de las reformas socialistas sería inaugurada sólo después de la conquista del poder por el proletariado, y éste es el punto central de la polémica. Hoy, en Rusia, el poder se encuentra en manos de la clase obrera. Las industrias más importantes están en manos del Estado obrero. No existe aquí la explotación de clase y, por consiguiente, tampoco existe el capitalismo, aunque sus formas todavía persistan. La industria del Estado obrero es una industria socialista en sus tendencias de desarrollo, pero para desarrollarse, utiliza los métodos que fueron inventados por la economía capitalista, y a los cuales todavía estamos lejos de haber sobrevivido.

Bajo un capitalismo de Estado auténtico, es decir bajo el dominio de la burguesía, el crecimiento del capitalismo de Estado significa el enriquecimiento del Estado burgués, y su poder creciente sobre las masas obreras. Entre nosotros, el crecimiento de la industria estatal soviética significa el crecimiento del socialismo mismo, un fortalecimiento directo del poder del proletariado. Observamos numerosas veces en el curso de la historia el desarrollo de un fenómeno económico nuevo, a pesar de recubrirse de formas antiguas; fenómeno que, por otra parte, se produce por medio de las más diversas combinaciones. Cuando la industria echó raíces en Rusia, todavía bajo leyes feudales, en la época de Pedro el Grande, las fábricas, aunque estuvieran concebidas conforme a los modelos europeos de la época, fueron levantadas sobre bases feudales. Los siervos se encontraban ligados a ellas mediante su fuerza de trabajo (las fábricas recibían el apelativo de fábricas señoriales). Los capitalistas, como Strogonov,

Demidov y otros, propietarios de estas empresas, desarrollaron su capitalismo en el interior mismo del sistema feudal. De un modo similar, el socialismo debe dar sus primeros pasos en el centro del ropaje del capitalismo. No se puede llevar a cabo una transición hacia métodos socialistas perfectos tratando de saltar por encima de la propia cabeza, y ello más aún si su cabeza se encuentra sucia y mal peinada, como ocurría con nuestra cabeza rusa. No hay que olvidar esta puntualización que, en todo caso, es exclusivamente personal. Debemos siempre aprender a continuar nuestro aprendizaje.

Criterio sobre la productividad del trabajo

Queda, sin embargo, una cuestión que es importante y fundamental para determinar la viabilidad de un régimen social, a la cual todavía no nos hemos referido. Se trata de la cuestión de la productividad de la economía, no solamente en lo que respecta a los trabajadores individuales, sino también para el régimen económico de conjunto. El progreso histórico de la humanidad puede resumirse del modo siguiente: un régimen que asegura una mayor productividad del trabajo reemplaza a aquellos con una productividad menor. Si el capitalismo reemplazó la antigua sociedad feudal sólo fue porque el trabajo humano es más productivo bajo el dominio del capital. Igualmente, la única razón por la que el socialismo podrá suplantar completamente al capitalismo, de un modo total y definitivo, es que asegurará una mayor cantidad de productos para cada unidad de fuerza de trabajo humano.

Ahora bien, ¿podemos decir ya que nuestras empresas estatales son más productivas que bajo el régimen capitalista? No, todavía no hemos logrado esto. No solamente los americanos, los ingleses, los franceses y los alemanes trabajan mejor en sus empresas capitalistas, que son más productivas que las nuestras (ocurría ya durante el período anterior a la revolución), sino que nosotros mismos solíamos trabajar mejor antes de la revolución que ahora. En una primera apreciación, esta circunstancia puede parecer condenable desde el punto de vista de la valoración del régimen soviético. Nuestros enemigos burgueses, así como los críticos socialdemócratas que ciertamente les imitan, hacen todo el uso posible del hecho de que la productividad de nuestra economía sea tan baja. En la Conferencia de Génova, el delegado francés, Colrat, respondiendo a Chicherin, anunció con una insolencia típicamente burguesa que la delegación soviética no podía hablar sobre cuestiones económicas, dada la situación actual en Rusia. El argumento parece, a primera vista, aplastante, pero revela una ignorancia económica e histórica inconmensurable. Sería maravilloso ciertamente probar desde ahora la superioridad del socialismo, no mediante argumentos teóricos procedentes de las experiencias ya ocurridas, sino mediante hechos materiales. Es decir, si pudiéramos mostrar que nuestras fábricas aseguran, principalmente gracias a la centralización, una productividad en el trabajo superior a las empresas similares en las etapas anteriores a la revolución. Pero no hemos llegado a este punto. Ni es posible que lo alcancemos rápidamente. Lo que ahora tenemos no es un socialismo que se opone al capitalismo, sino un proceso laborioso de completar la transición de uno a otro y, sobre todo, llevar a cabo la etapa inicial y dolorosa de esta transición. Parafraseando las famosas palabras de Marx, se puede decir que padecemos el que nuestro país conserve vestigios inmensos de capitalismo entre los rudimentos del socialismo.

Ciertamente, la productividad del trabajo ha disminuido, así como el nivel de vida. En la agricultura, las cosechas del último año han sido más o menos tres cuartas partes de la producción media de preguerra. La situación es aún peor en la industria. Nuestra producción de este año es un cuarto de la producción de preguerra. El sistema de transportes opera a un tercio de su capacidad de preguerra. Estos hechos son muy

tristes. Pero, ¿cuál era la situación en la época de transición entre el feudalismo y el capitalismo? ¿Acaso era diferente? La sociedad capitalista, tan rica y tan orgullosa de su abundancia y de su cultura, brotó de una revolución muy destructiva. La tarea histórica objetiva de crear condiciones de mayor productividad del trabajo fue, en última instancia, resuelta por la revolución burguesa o, más exactamente, por un número de revoluciones. Pero, ¿cómo se llegó a ello? A través de la devastación más amplia y de un declinar temporal de la cultura material.

Tomemos, por ejemplo, el caso de Francia. Naturalmente, el señor Colrat, en su función de ministro burgués, no está obligado a conocer la historia de su tan amada patria. Pero a nosotros, por el contrario, nos es familiar la historia de Francia y la historia de la Revolución. No es importante saber si preferimos los escritos del reaccionario Taine o del socialista Jaurès. En ambos casos, podemos constatar hechos auténticos que caracterizan la horrible condición existente en Francia tras la Revolución. La devastación fue tan grande que después del 9 de thermidor, es decir cinco años después del comienzo de la Revolución, el empobrecimiento de Francia no había disminuido, sino que, por el contrario, empeoraba progresivamente. Diez años después de la gran Revolución francesa, cuando Napoleón Bonaparte era ya Primer Cónsul, París, con una población de quinientos mil habitantes, recibía una ración diaria de harina que oscilaba entre trescientos y quinientos sacos, mientras que la demanda mínima era de mil quinientos sacos para satisfacer el mínimo de subsistencia. Una de las preocupaciones mayores del Primer Cónsul era controlar diariamente la distribución de la harina.

Esta situación se producía (fíjense bien) diez años después de la gran Revolución francesa. La población francesa había disminuido, a causa del hambre, de las epidemias, de las guerras, en treinta y siete departamentos de los cincuenta y ocho existentes. No es necesario decir que los Colrat y Poincaré ingleses de la época, miraban a la arruinada Francia con gran desprecio. ¿Qué quiere decir todo esto? Simplemente que la revolución es un método duro y costoso para resolver la cuestión de la transformación económica de la sociedad. Pero la historia no ha inventado otro método. La revolución abre las puertas a un nuevo orden político, tras una catástrofe ampliamente devastadora. En nuestro país, además la revolución fue precedida por la guerra, y nosotros no nos encontramos aún tras diez años de revolución (fijémonos en esto, también), sino tan sólo a comienzos del sexto año. Y nuestra revolución tiene un alcance muy superior al de la Revolución francesa, que simplemente reemplazó una forma de explotación por otra, mientras que nosotros reemplazamos una sociedad que se apoyaba en la explotación del hombre por el hombre por una sociedad que se basa en la solidaridad humana. Los sacudones, ciertamente, fueron muy severos, causando daños importantes y rompiendo muchos platos. Lo que más llama la atención son los costos excesivos de la revolución. Sus mayores conquistas únicamente se realizan después de largos años, gradualmente.

Tuve, el otro día, la suerte de tropezarme con un discurso que se refiere precisamente a la cuestión que ahora nos ocupa. Fue pronunciado por un químico francés, Berthelot, hijo del célebre químico Pierre Berthelot, quien hablaba en cuanto miembro de la Academia de Ciencias. Desarrollaba una idea que cito según la referencia publicada en la revista *Le Temps*: “En todas las épocas de la historia, en el campo de las ciencias, y en el de la política, así como en el fenómeno social, las luchas armadas tuvieron el privilegio espléndido y terrible de acelerar, con sangre y fuego, el nacimiento de nuevos tiempos.” Es evidente que pensaba en las guerras. Pero es cierto que éstas, cuando servían a la causa de las clases revolucionarias, estimularon también enormemente el desarrollo histórico; cuando servían a los opresores (lo que ocurre a

menudo) daban un impulso al movimiento de los oprimidos. Su declaración se aplica más directamente a la revolución: las “luchas armadas” entre clases originan grandes pérdidas, pero también el nacimiento de los “nuevos tiempos”. Deducimos de ello que los costos excesivos de la revolución no son en vano (no son falsos gastos, como dicen los franceses). Pero no se pueden exigir los dividendos antes de que se cumplan los plazos de pago. Es necesario pedir a nuestros amigos cinco años más. De este modo, diez años después de la Revolución, es decir el año en que Napoleón mantenía rigurosamente contados los sacos de harina para alimentar París, mostraremos la superioridad del socialismo sobre el capitalismo en el campo económico, y esto no por medio de argumentos teóricos sino por medio de hechos rigurosos, y esperamos que para entonces los hechos elocuentes estén al alcance de la mano.

¿Pero no queda, mientras se avanza hacia esos éxitos futuros, algún peligro de que nuestro régimen sufra la degeneración capitalista, precisamente debido al estado desolador de nuestra industria en el momento actual? El campesinado ha recogido este año, como ya he indicado, más o menos tres cuartos de la cosecha de preguerra; por otro lado, la industria produjo como mucho un cuarto de la producción de preguerra. Por lo tanto, la relación recíproca entre la ciudad y el campo ha sido trastocada en extremo y en gran parte, en perjuicio de la ciudad. En estas condiciones, la industria estatal no podría proporcionar al campesino un producto equivalente por sus cereales, y los excedentes agrícolas lanzados al mercado proporcionarán una base de acumulación capitalista privada. Naturalmente, el razonamiento es justo; en el fondo, las relaciones de mercado tienen una lógica propia sin preocuparse de las metas que nos proponemos al restaurarlas. Es importante, sin embargo, establecer correlaciones cuantitativas. Si el campesinado lanzase toda su cosecha al mercado, esto tendría consecuencias desastrosas para el desarrollo socialista, a causa del debilitamiento de nuestra industria. En realidad, el campesinado produce para su propio consumo. Además debe pagar este año trescientos cincuenta millones de *puds*⁷ de impuestos en especie. El campesinado no llevará al mercado su excedente, hasta que haya satisfecho sus necesidades personales y pagado los impuestos. De conjunto no supondrá más de cien millones de *puds* el próximo año. Una parte importante si no decisiva de este excedente de cien millones será comprado por las cooperativas de distribución y las instituciones estatales. De este modo, la industria de Estado se tendrá que oponer no a la economía campesina de conjunto, sino sólo a un sector de ella, en cierta medida insignificante, que está lanzando su producción al mercado. Únicamente ella, o más exactamente una fracción de este sector del campesinado, es la que se convierte en una fuente de acumulación capitalista privada. Aumentará en el futuro. Paralelamente a ello, la productividad de la industria de Estado unificada aumentará también. No hay ninguna razón para concluir diciendo que el crecimiento de la industria de Estado será menor que la productividad y prosperidad de la agricultura. Veremos ahora cómo las perspicaces y profundas críticas de los señores de la moribunda II Internacional y media se basan principalmente en la ignorancia y la incomprensión de las relaciones económicas elementales en Rusia, las cuales han sido modeladas conforme a las condiciones concretas de tiempo y espacio.

Sobre la crítica socialdemócrata

Con motivo de nuestro cuarto aniversario, es decir, el pasado año, Otto Bauer consagró un folleto entero a nuestra economía. En él, Bauer recapitula de un modo elegante y adulator todo lo que nuestros enemigos más temperamentales en el campo

⁷ El pud equivale a unos 16 kilogramos.

socialdemócrata habían tomado la costumbre de decir, echando espuma por la boca, acerca de nuestra NEP. En primer lugar, nos dice, es una “capitulación ante el capitalismo”, y precisamente esto es bueno y realista con respecto a ella. (Estos señores ven invariablemente el realismo de este modo: arrodillarse ante la burguesía a la primera ocasión). Continúa diciéndonos que el resultado final de nuestra revolución no será otro que el establecimiento de una república democrática burguesa y que esto ya lo predecía en 1917. Sin embargo, debemos recordar que en 1919 las “predicciones” de esos esmirriados héroes de la Internacional Dos y Media fueron realizadas en un tono muy diferente. En esa época, ellos hablaban del hundimiento del capitalismo y del comienzo de una época de revolución social. Pero incluso el más loco de la tierra se negará a creer que, si el capitalismo se acerca a su fin en todo el mundo, al mismo tiempo florezca en la Rusia soviética dirigida por la clase obrera.

Y así, en 1917, cuando Otto Bauer todavía conservaba su fe virginal austromarxista en la permanencia del capitalismo y de la monarquía de los Habsburgo, escribió que la revolución rusa debía terminar en el establecimiento de un Estado burgués. El oportunismo socialista, sin embargo, siempre es impresionista en política. Sobresaltado y jadeando por la revolución admitió en 1919, que el capitalismo se hundía y que la época de la revolución social estaba al alcance de la mano. Puesto que ahora, Dios sea alabado, la marea de la revolución baja, nuestro oráculo vuelve a caer rápidamente en su profecía de 1917. Como ya lo sabemos, tiene afortunadamente dos profecías disponibles, según convenga. [Risas] Bauer llega a la conclusión siguiente: “*Lo que vemos restaurarse en Rusia es una economía capitalista, dominada por una nueva burguesía, basada en millones de campesinos; una economía capitalista a la cual la legislación y la administración del Estado se ven obligadas, quiérase o no, a adaptarse*”. ¿Comprenden ahora lo que representa la Rusia soviética? Hace un año, este señor proclamaba que la economía y el Estado soviético estaban dominados por una nueva burguesía. Las empresas arrendadas, pobremente equipadas y que emplean 50.000 obreros, contra un millón de obreros empleados por las mejores empresas de Estado, esto, según Bauer, es “*una capitulación del poder soviético al capital industrial*”. Para sostener sus afirmaciones, tan estúpidas como cínicas, mediante una justificación histórica necesaria, afirma: “*Tras una prolongada duda, el Gobierno soviético ha decidido al fin [¡!], reconocer las deudas zaristas con el extranjero*”. En pocas palabras, ¡de una capitulación a otra!

Puesto que muchos camaradas naturalmente estarán confundidos con los detalles vagos de nuestra historia, dejadme recordaros que el 4 de febrero de 1919 hemos hecho las siguientes propuestas por la radio a todos los gobiernos capitalistas:

1. Ofrecemos reconocer las deudas extranjeras contraídas por Rusia.
2. Ofrecemos nuestras materias primas como garantía del pago de deudas e intereses.
3. Ofrecemos realizar concesiones a su conveniencia.
4. Ofrecemos concesiones territoriales bajo la forma de ocupación militar de ciertas partes del territorio por las tropas de la Entente, o por las de aquellas de sus agentes rusos.

Hemos propuesto estos puntos al mundo capitalista el 4 de febrero de 1919 a través de la radio, con la condición de que nos dejaran en paz. Las hemos repetido en abril, con más detalles, al plenipotenciario no oficial americano. ¿Cómo se llamaba? [Risas] ¡Ah, sí, Bullitt, este era! ¡Y bien, camaradas, si comparáis estas propuestas con las que nuestros representantes han rechazado durante las reuniones de Génova y de La Haya, veréis que nuestra tendencia amplia no fue a las concesiones, sino que, por el contrario, ha sido defender con una mayor firmeza nuestras conquistas revolucionarias!

En este momento no reconocemos ya deuda alguna. No ponemos ya en prenda, y no lo haremos más, nuestras materias primas como garantía. Somos muy prudentes en materia de concesiones; y, por ningún motivo toleraremos la presencia de tropas en nuestros territorios. Se han producido algunos cambios desde 1919.

Hemos sido informados ya por Otto Bauer que la tendencia de todo este desarrollo es a la “democracia”. Este alumno de Kautsky y profesor de Martov nos da la siguiente lección: *“Una vez más ha sido confirmado que un derrocamiento de la base económica debe ser seguido por un derrocamiento de la superestructura política”*. Es completamente cierto que entre la base económica y la superestructura política existe en sus partes y en la totalidad la interrelación indicada por Bauer. Pero, en primer lugar, la base económica de la Rusia soviética no se ha modificado del modo descrito por Otto Bauer, ni del modo deseado por Leslie Urquhart, cuyas extorsiones sobre este tema, debemos recordarlo, tienen mucho más peso que las de Bauer. En segundo lugar, la base económica cambia hacia relaciones capitalistas, pero estos cambios se producen a tal velocidad y en tal escala que excluyen el peligro de perder el control político de este proceso económico.

Desde el punto de vista político, el problema se reduce a esto: la clase obrera en el poder ofrece importantes concesiones a la burguesía. Pero queda mucho camino desde este punto a la “democracia”, es decir, al paso del poder a las manos de los capitalistas. Para alcanzar esta meta, la burguesía necesitaría de un derrocamiento contrarrevolucionario triunfante. Para tal derrocamiento debe disponer de las correspondientes fuerzas. Sobre este punto la burguesía nos ha enseñado algo. Durante el siglo XIX no hizo otra cosa que alternar represiones y concesiones. Hacía concesiones a la pequeña burguesía, al campesinado y a las capas superiores de la clase obrera, pero al mismo tiempo explotaba sin piedad a las masas trabajadoras. Estas concesiones eran de carácter político o económico, o incluso una combinación de ambas. Fueron siempre actos de la clase dominante que tenía el poder del Estado. Ciertas experiencias de la burguesía en este campo parecían a primera vista aventuradas, como la introducción del sufragio universal. Marx, designaba la limitación legal de la jornada de trabajo en Inglaterra, como la victoria de un nuevo principio. ¿De quién era este principio? Era de la clase obrera. Pero, todos lo sabemos, quedaba un largo camino para pasar de la victoria parcial de este principio a la conquista del poder político por la clase obrera inglesa. La burguesía dominante hizo ciertas concesiones, pero ella conservaba el control del deber y el haber del libro del Estado. Sus políticos decidían cuáles eran las concesiones que debían ser acordadas, no solamente sin poner en peligro su dominio del poder, sino asegurando a través de ellas la férrea dirección burguesa.

Nosotros, marxistas, hemos dicho más de una vez que la burguesía había agotado su misión histórica. Mientras tanto, todavía retiene el poder en sus manos. Esto quiere decir que la interrelación entre la base económica y la superestructura política no es completamente lineal. Observamos un régimen de clase que se mantiene durante un número de años, después de haber entrado en un conflicto evidente con las necesidades del progreso económico. ¿Cuáles son las bases teóricas para afirmar que las concesiones acordadas por el Estado obrero a las relaciones burguesas deben automáticamente reemplazar el Estado obrero por un Estado burgués? Si, como parece ser, es cierto que el capitalismo está agotado a escala mundial, ello sólo prueba el papel histórico progresivo del Estado obrero. Las concesiones que ha acordado para la burguesía representan únicamente un compromiso dictado por las dificultades del desarrollo, hasta el día de hoy predeterminado y asegurado por la historia. Es natural que si crecieran hasta el infinito, se multiplicaran y acumularan, si comenzáramos a alquilar cada vez más grupos de empresas nacionalizadas, si comenzáramos a acordar concesiones en las

ramas esenciales de la industria minera y del transporte ferroviario, si nuestra política continuara deslizándose hacia abajo por el tobogán de las concesiones durante varios años, llegaría a existir inevitablemente una época de degeneración económica que daría lugar al colapso de la superestructura política. Hablo de “colapso” y no de “degeneración” porque sólo a través de una guerra civil feroz puede el capitalismo arrancar el poder de las manos del proletariado comunista.

Quien plantea esta cuestión presupone que la burguesía europea y mundial se mantendrá viril y eterna. En pocas palabras, todo se reduce a esto. Reconociendo, por un lado, en sus artículos de domingo, que el capitalismo, y especialmente en Europa, ha sobrevivido y frena el progreso histórico; expresando, por otra parte, la afirmación que la evolución de la Rusia soviética debe inevitablemente terminar en un triunfo de la democracia burguesa, los teóricos socialdemócratas caen en una contradicción banal y lamentable, bastante digna de estos estúpidos, torpes y pomposos. Nuestra Nueva Política Económica está calculada para condiciones muy específicas de espacio y tiempo. Es la política de maniobra de un Estado obrero que se mantiene rodeado por el capitalismo y que apuesta al desarrollo revolucionario en Europa. Operar con categorías absolutas de capitalismo y de socialismo, y con superestructuras políticas que le corresponden “adecuadamente”, para decidir acerca del destino de la República soviética, muestra una incapacidad absoluta para comprender las condiciones propias de una época de transición. Es el sello de un escolástico y no de un marxista. Jamás hay que excluir el factor tiempo de los cálculos políticos. Si pensáis que el capitalismo continuará existiendo en Europa durante cincuenta años o un siglo, y que la Rusia soviética deberá ajustar su política económica al capitalismo, la cuestión queda automáticamente resuelta. Porque, asegurando esto, suponéis por adelantado el hundimiento de la revolución proletaria en Europa y el comienzo de una nueva época de renacimiento capitalista. ¿Sobre qué bases posibles? Desde que Otto Bauer ha descubierto síntomas milagrosos de una resurrección capitalista en la vida austríaca actual, se habla de predestinación para la Rusia soviética. No vemos aún milagro alguno, y en absoluto creemos en ellos.

Para nosotros, la perpetuación del dominio de la burguesía europea, durante algunos decenios, no significaría en las condiciones mundiales actuales, el florecimiento del capitalismo, sino una decadencia económica y la descomposición cultural de Europa. No se puede negar que tal variante del desarrollo histórico arrastraría a la Rusia soviética a un abismo. En ese caso, que nuestro país atravesase la etapa de la “democracia” o sufra la decadencia en alguna otra forma, es una cuestión de segundo orden. Pero no tenemos aún motivos para enrolarnos bajo el estandarte de la filosofía de Spengler. Contamos firmemente con el desarrollo revolucionario en Europa. La Nueva Política Económica es simplemente nuestro modo de adaptarnos al ritmo de este desarrollo. Otto Bauer mismo, aparentemente, siente con cierta inquietud, que el régimen de la democracia capitalista de ninguna manera surge tan directamente de los cambios que han ocurrido en nuestra economía. Por esta razón nos ruega que prestemos ayuda al desarrollo de la tendencia capitalista contra la tendencia socialista. Escribe: *“La reconstrucción de la economía capitalista no puede ser efectuada bajo la dictadura del partido comunista. El nuevo curso económico reclama un nuevo curso político”*. ¿No es algo conmovedor que hace saltar las lágrimas? El mismo individuo que ha proporcionado una maravillosa asistencia económica y política al florecimiento de Austria... [Risas] es quien nos exhorta de este modo: *“Tened cuidado, por Dios; el capitalismo no puede florecer bajo la dictadura de vuestro Partido”* [Risas y aplausos]. Justamente esto. Y es precisamente por esta razón, salvando la presencia de todos los Bauers, que mantenemos la dictadura de nuestro partido [Risas y aplausos].

En nuestro país, las concesiones al capitalismo han sido hechas por el partido comunista, en cuanto dirigente del Estado obrero. En este momento, se lleva a cabo en nuestra prensa una amplia discusión a favor y en contra de la concesión que debe ser acordada a Leslie Urquhart. La cuestión está planteada. Esta discusión apunta a clarificar tanto las provisiones materiales concretas del contrato, así como evaluar el papel que jugaría este contrato en todo el sistema de la economía soviética. ¿Es excesiva la concesión? ¿Podría, el capitalismo hundir profundamente sus raíces a través de esta concesión dentro del mismo corazón de nuestra economía industrial? Esos son los pros y los contras. ¿Quién decide? El Estado obrero. Naturalmente, la Nueva Política Económica supone una enorme concesión a las relaciones burguesas, e incluso a la burguesía. Pero, en todo caso, somos nosotros quienes determinamos los límites de esta concesión. Somos los directores, tenemos la llave de la puerta en nuestras manos. El Estado es un factor primordial de la vida económica, y no tenemos ninguna intención de que se escurra de nuestras manos.

La situación mundial y las perspectivas revolucionarias

Vuelvo a decirlo. La profecía socialdemócrata referente a las consecuencias de nuestra Nueva Política Económica deriva totalmente de la concepción según la cual la revolución proletaria en Europa carece de esperanzas en el período histórico próximo.

No podemos impedir a estos señores que sean pesimistas a expensas del proletariado y optimistas para beneficio de la burguesía. Esta es la vocación histórica de los epígonos de la Segunda Internacional. No vemos ninguna razón para tener dudas o para modificar el análisis de la situación mundial formulado por las tesis adoptadas por el III Congreso de la Internacional Comunista.

En los dieciocho meses que pasaron desde entonces, el capitalismo no ha dado siquiera un paso para restablecer su equilibrio, totalmente alterado debido a la guerra y sus consecuencias. Lord Curzon, ministro inglés de Asuntos Exteriores, habló el 9 de noviembre, día del aniversario de la República alemana, realizando un buen resumen de la situación internacional. No sé si muchos de ustedes han tenido ocasión de leer este discurso; por ello citaré algunos párrafos muy interesantes y que merecen ser conocidos. Dijo: *“Todas las potencias han salido de la guerra con sus energías debilitadas y quebradas. Nosotros [ingleses] sufrimos una pesada carga de impuestos que pesan sobre la industria de nuestro país. Tenemos gran número de desocupados en todas las ramas de la producción. En cuanto a Francia, sus deudas son inmensas y no puede obtener el pago de las indemnizaciones de guerra [...]. Alemania se encuentra en plena inestabilidad política y su vida económica se halla paralizada por una crisis monetaria espantosa. Rusia permanece todavía por fuera de la familia de las naciones europeas. Se encuentra bajo la bandera comunista [Curzon no parece estar en total acuerdo con Otto Bauer (Risas)] y continúa llevando a cabo una constante propaganda sobre todo el mundo [lo que ciertamente es falso] [Risas]. Italia [continúa diciendo] ha atravesado un gran número de sacudidas y crisis gubernamentales [yo no diría que ha atravesado, sino que atraviesa todavía] [Risas], el Cercano Oriente se encuentra en un caos absoluto. La situación es terrible”*.

Incluso para nosotros, comunistas rusos, sería muy difícil ofrecer una propaganda mejor que la de Curzon sobre la situación mundial. *“La situación es terrible”*. En el quinto aniversario de la República soviética, esta es la garantía que obtenemos de uno de los representantes más autorizados de la potencia europea más fuerte. Y él tiene razón: *“la situación es terrible”*. Y permítannos agregar que es necesario encontrar una salida a esta situación terrible. La sola y única salida es la

revolución. Un corresponsal italiano me pidió muy recientemente que evaluara la situación mundial actual. Le di la siguiente respuesta, que es, permítanme que lo diga, más bien banal: “*La burguesía ya no es capaz de conservar el poder* [lo que, hace algunos minutos, según leíamos, ha sido confirmado por Curzon], *mientras que la clase obrera es aún incapaz de tomar el poder. Ello es lo que determina el carácter desdichado de nuestra época*”. Tal era el núcleo de mis puntualizaciones.

Hace tres o cuatro días, un amigo me envió de Berlín un recorte de uno de los últimos números de *Freiheit*, anterior a su renuncia. Su título: “*La victoria de Kautsky sobre Trotsky*” [Risas]. Declara que el *Rote Fahne* no puede armarse de valor suficiente para hablar en contra de mi capitulación ante Kautsky. Ya sabemos cómo, aunque, camaradas, *Rote Fahne* nunca fue lento en atacarme, incluso cuando tenía razón. Pero esta historia pertenece al III Congreso Mundial y no al Cuarto. [Gritos de aprobación y risas]. Bien, dije al periodista italiano: “*Los capitalistas ya son incapaces de gobernar, mientras que los obreros no son todavía capaces de hacerlo. Es el carácter de nuestra época*”. Después de lo cual, *Freiheit*, de bendita memoria, comenta lo que sigue: “*Lo que Trotsky plantea aquí como su propia visión es la opinión expresada con anterioridad por Kautsky*”. De este modo, soy virtualmente culpable de plagio. Es un alto precio para una entrevista banal. Me veo obligado a decirles que conceder entrevistas no es una obligación agradable, y que aquí, en Rusia, nunca somos entrevistados por nuestra libre voluntad, sino siempre bajo las órdenes estrictas del amigo Chicherin. Ustedes deberán notar que en la era de la Nueva Política Económica, aunque hemos renunciado al centralismo excesivo, unas pocas cosas quedan sin embargo centralizadas en Rusia. En cualquier caso, todas las órdenes de entrevistas se centralizan en el Comisariado de Asuntos Exteriores [Risas], y dado que las entrevistas son obligatorias, sacamos a relucir en ellas naturalmente el arsenal más rancio y mejor escogido de lugares comunes. Permítanme decirles que, en este caso particular, jamás pensé que afirmar que nuestra época tenía un carácter de transición era una invención original mía. Ahora me entero, si se puede creer en *Freiheit*, que el padre espiritual de este aforismo no es otro que Kautsky. Si esto fuera realmente así, sería un castigo demasiado severo por mi entrevista. Todas las cosas que Kautsky está ahora diciendo y escribiendo, tienen un propósito único y manifiesto de demostrar que el marxismo es una cosa, y una ciénaga otra.

He dicho y repito que el proletariado europeo es, en su estado actual, incapaz de conquistar el poder, lo cual es un hecho innegable. Pero, ¿por qué es así? Precisamente porque amplios círculos de la clase obrera todavía no se han desembarazado de la podrida influencia de ideas, prejuicios y tradiciones cuya quintaesencia es el kautskismo [Risas]. Esta es exactamente e incluso exclusivamente la razón de la división política dentro del proletariado y de su incapacidad para conquistar el poder. Era precisamente esta idea simple la que había querido expresar al corresponsal italiano. No mencioné el nombre de Kautsky, pero, para cualquier persona inteligente, debía ser evidente saber contra qué y contra quién se dirigían mis ataques. Esta fue mi “capitulación” ante Kautsky. La Internacional Comunista no tiene ni puede tener ningún motivo para capitular ante nadie, y esto tanto desde el punto de vista práctico como teórico. Las tesis del III Congreso sobre la situación mundial caracterizaban los rasgos fundamentales de nuestra época con la misma corrección con que caracterizaban la mayor crisis histórica del capitalismo. En el III Congreso enfatizamos cuán indispensable era distinguir agudamente entre la crisis principal o histórica del capitalismo y las crisis coyunturales o menores cada una de las cuales es una etapa necesaria de un ciclo industrial-comercial. Pero permitidme recordar que existió una amplia discusión sobre este tema en las Comisiones del Congreso y especialmente

durante las sesiones plenarias. Contra un número de camaradas defendimos la posición de que en el desarrollo histórico del capitalismo debemos distinguir agudamente entre dos tipos de curvas: la curva básica que grafica el desarrollo de las fuerzas productivas capitalistas, el crecimiento de la productividad del trabajo, la acumulación de la riqueza, etc., y la curva cíclica que describe una ola periódica de boom y de crisis, repitiéndose en promedio cada nueve años. La correlación entre ambas curvas no ha sido elucidada aún en la literatura marxista, y tampoco, al menos, que yo sepa, en la literatura económica en general. Sin embargo, la cuestión es de primordial importancia, tanto teórica como políticamente. A mediados del siglo XIX, la curva básica del desarrollo capitalista trepó vertiginosamente. El capitalismo europeo alcanzó su cima. En 1914, estalló una crisis que marcó no solamente una oscilación cíclica periódica, sino también el comienzo de una época de estancamiento económico prolongado.

La guerra imperialista fue un intento de romper este impasse. Este intento fracasó y la profunda crisis histórica del capitalismo se agravó. Sin embargo en el marco de esta crisis histórica, los ciclos ascendentes y descendentes son inevitables, es decir, una alternancia de booms y crisis (pero con la característica de que, en contraste con el período de preguerra, las crisis cíclicas tienen un carácter extremadamente agudo, mientras que los booms son más superficiales y débiles). En 1920, en el marco de la decadencia capitalista general, se produjo una crisis cíclica aguda sobre la base de la decadencia capitalista universal. Algunos camaradas entre los así llamados “izquierdistas”, sostenían que esta crisis debía profundizarse y agudizarse ininterrumpidamente hasta la revolución proletaria. Nosotros por el contrario predijimos que un quiebre en la coyuntura económica era inevitable en un futuro más o menos cercano trayendo una recuperación parcial. Insistimos diciendo que tal ruptura de la coyuntura no debilitaría al movimiento revolucionario, sino que, por el contrario, le proporcionaría una nueva vitalidad. La cruel crisis de 1920, llegando tras un fermento revolucionario de muchos años, pesó muy duramente sobre las masas obreras, engendrando temporalmente en sus filas estados de ánimo de espera pasiva o incluso desesperanza. Bajo estas condiciones, una mejoría de la coyuntura económica hubiera elevado la autoconfianza de los obreros y reanimado la lucha de clases. Ciertos camaradas pensaban realmente entonces que este pronóstico reflejaba una desviación hacia el oportunismo y una tendencia a encontrar excusas para retrasar indefinidamente la revolución. Las actas de la Convención de Jena de nuestro partido alemán están repletas de estas ideas ingenuas.

Intentemos, camaradas, comprender dónde nos encontraríamos actualmente si hubiéramos respondido y aceptado, hace año y medio, esta teoría izquierdista puramente mecanicista, teoría de que la crisis comercial-industrial iba de mal en peor. Reconocen actualmente todas las personas sensatas el quiebre que ha existido en la coyuntura. En Estados Unidos, el más poderoso de todos los países capitalistas, hay evidentemente un boom industrial. En Japón, en Inglaterra, en Francia, la mejoría de la coyuntura económica es mucho más débil, pero también en estos casos existe un quiebre. ¿Cuánto tiempo durará este boom? ¿Qué altura alcanzará? Esta es otra cuestión. No debemos olvidar ni por un momento que la mejoría de la coyuntura tiene lugar en plena decadencia del capitalismo internacional y, sobre todo, del capitalismo europeo. Las causas básicas de tal decadencia no se han visto afectadas por los cambios coyunturales del mercado. Pero, por otro lado, la decadencia no niega los cambios coyunturales. Nos hubiéramos encontrado en la obligación de reexaminar teóricamente nuestra concepción fundamental, así como el carácter revolucionario de nuestra época, si le hubiéramos hecho hace un año y medio atrás una concesión a los izquierdistas que juntaban la crisis histórica del sistema económico capitalista con las oscilaciones cíclicas coyunturales del

mercado y que reclamaban que adoptemos una perspectiva puramente metafísica de que una crisis es, bajo toda condición, un factor revolucionario. No tenemos ninguna razón actualmente para revisar o modificar nuestra postura. No juzgamos nuestra época como revolucionaria porque la aguda crisis coyuntural de 1920 barrió el boom ficticio de 1919. La juzgamos como revolucionaria basándonos en nuestra evaluación general del mundo capitalista y sus fuerzas básicas en conflicto. Para no perder esta lección, debemos reafirmar que las tesis del III Congreso son absolutamente aplicables en la actualidad. La idea fundamental que subyace a las decisiones del III Congreso es la siguiente: después de la guerra las masas fueron abrazadas por un estado de ánimo revolucionario y estaban ansiosas por emprender una lucha abierta. Pero ningún partido revolucionario fue capaz de dirigir las a la victoria, de donde procede la derrota de las masas revolucionarias de numerosos países, su estado de ánimo depresivo y la pasividad.

En la actualidad existen en todo el mundo partidos revolucionarios, pero se basan directamente sobre una fracción de la clase obrera; de hecho, una minoría de ésta. Los partidos comunistas deben conquistar la confianza de la mayoría de la clase obrera, pero la clase obrera, antes de ser convencida, a través de la experiencia, de la corrección, de la firmeza, de la honestidad de la dirección comunista, deberá desprenderse de la desilusión, de la pasividad, de la molición. Entonces llegará el momento de lanzar la ofensiva final. ¿Ocurrirá pronto? Nosotros no hacemos predicciones sobre esto. El III Congreso ha fijado la tarea de esta hora: luchar por influir en la mayoría de la clase obrera. Un año y medio después hemos alcanzado, sin duda, grandes éxitos, pero la tarea sigue siendo la misma: conquistar la confianza de la aplastante mayoría de los trabajadores. Esto puede y debe ser conseguido a lo largo de la lucha de las reivindicaciones transitorias mediante la consigna general del frente único obrero.

Actualmente, el movimiento obrero mundial se enfrenta con una ofensiva capitalista. Pero en un país como Francia, donde hace año y medio el movimiento obrero atravesaba un período de estancamiento total, somos testigos de una creciente disposición de la clase obrera a ofrecer resistencia. A pesar de una dirección extremadamente inadecuada, las huelgas son más frecuentes en Francia. Tienen a adquirir un carácter muy intenso, lo que es prueba del crecimiento de la capacidad de lucha de las masas obreras. La lucha de clases se profundiza y se agudiza. La ofensiva capitalista encuentra su complemento en la concentración del poder del Estado en manos de los elementos burgueses más reaccionarios. Simultáneamente vemos que la opinión pública burguesa, mientras se prepara para una lucha de clases más aguda, con la semi-aprobación tácita de la camarilla gobernante está allanando el camino para una nueva orientación (una orientación hacia la izquierda, en la dirección de los engaños reformistas y pacifistas). En Francia, lugar donde el bloque nacionalista ultrarreaccionario dirigido por Poincaré se encuentra en el poder, se prepara simultánea y sistemáticamente una victoria del Bloque de Izquierdas, incluyendo naturalmente a los socialistas. En Inglaterra ahora hay elecciones. Llegan mucho antes de lo que se pensaba porque el gobierno de coalición de Lloyd George se ha hundido. Aún se desconoce el resultado de las mismas. Existe una posibilidad de que la agrupación ultraimperialista precedente retorne al poder⁸. Pero, si gana, su reinado será breve. En Francia e Inglaterra se prepara una nueva orientación parlamentaria de la burguesía. Los abiertamente imperialistas, los métodos agresivos, los métodos del Tratado de Versalles, de Foch, Poincaré y Curzon obviamente han caído en un callejón sin salida. Francia no

⁸ Efectivamente los torios ganaron (Nota de L.T.)

puede extraer de Alemania lo que ésta no tiene; también ella es incapaz de pagar sus deudas. El foso entre Inglaterra y Francia se hace más ancho. América se niega a renunciar al cobro de las deudas.

Entre las capas intermedias de la población, sobre todo entre la pequeña burguesía, el estado de ánimo reformista y pacifista se hace cada día más fuerte: se debería alcanzar un acuerdo con Alemania y Rusia, debería ampliarse la Liga de las Naciones. Los presupuestos militares deberían reducirse; América debería conceder préstamos, y así sucesivamente. Las ilusiones de guerra y defensismo, las ideas y consignas nacionalistas y chovinistas, junto con las esperanzas en los grandes frutos que traería esa victoria, en fin, las ilusiones que, digamos, acapararon una gran parte de la clase obrera en los países de la Entente, dejan paso a reacciones más serias, a la desilusión. Este es el suelo en el que crece el Bloque de Izquierdas en Francia, del autodenominado Partido Laborista y de los liberales independientes en Inglaterra. Sería ciertamente falso esperar un cambio serio de política, teniendo en cuenta la orientación reformista-pacifista de la burguesía. Las condiciones objetivas del mundo capitalista actual son menos apropiadas al reformismo y al pacifismo. Pero es muy probable que la zozobra de estas ilusiones deba ser experimentada prácticamente antes de que pueda ser posible la victoria de la revolución.

Hemos tratado únicamente este punto en relación con los países de la Entente. Pero es evidente que, si los radicales y los socialistas asumen el poder en Francia, mientras que los oportunistas laboristas y liberales independientes forman el gobierno inglés, ello provocará en Alemania un nuevo influjo de esperanzas de conciliación y de paz. Parecería posible que pudiera llegarse a un acuerdo con los gobiernos democráticos de Inglaterra y Francia; que se obtuviera una moratoria o incluso una cancelación de los pagos; que fuera concertado un crédito por América con la cooperación de Inglaterra y Francia, etc... ¿No son los socialdemócratas alemanes los que se encuentran en las mejores condiciones para llegar a un acuerdo con los radicales y socialistas franceses, y con los laboristas ingleses? Ciertamente, los acontecimientos pueden sufrir un giro brusco. No está excluido que el problema de las indemnizaciones, el imperialismo francés y el fascismo italiano puedan conducir al desarrollo revolucionario, privando a la burguesía de la oportunidad de hacer pasar al frente a su flanco izquierdo. Pero existen otras indicaciones muy numerosas que prueban que la burguesía tendrá que recurrir a cierta orientación reformista y pacifista antes de que el proletariado se encuentre preparado para el asalto definitivo. Esto implicaría una época de kerenskismo europeo. Sería muy conveniente evitarlo. El kerenskismo a escala mundial no es un plato de buen gusto. La elección de los caminos de la historia depende de nosotros en cierta medida. Bajo ciertas condiciones tendremos que aceptar el kerenskismo europeo así como hemos aceptado en su momento el kerenskismo ruso. Nuestra tarea consistirá en transformar la época de los engaños reformistas y pacifistas, en un prelude a la conquista del poder por el proletariado revolucionario. En nuestro país, el kerenskismo duró nueve meses. ¿Cuánto tiempo durará en vuestros países si éste surgiera? Evidentemente, es imposible responder ahora a tal cuestión. Depende cuán rápidamente se liquiden las ilusiones reformistas y pacifistas, es decir, de la habilidad con que maniobren los kerenskistas, porque, al contrario que nosotros, saben al menos cómo crecer y multiplicarse. Pero también depende de la energía, la resolución e inflexibilidad con que nuestro partido sea capaz de maniobrar. Es evidente que la época de los gobiernos reformistas y pacifistas será el momento de una presión creciente de las masas trabajadoras. Nuestra tarea consistirá, en ese caso, en dirigir esta presión.

Pero, para llegar a este punto, nuestro partido debe entrar en la época del engaño pacifista completamente purgado de ilusiones reformistas y pacifistas. Pobre del Partido

Comunista que se encuentre, de algún modo, ahogado por la ola pacifista. El naufragio inevitable de las ilusiones pacifistas significaría simultáneamente el naufragio de este partido. La clase obrera se vería obligada, una vez más, como en 1919, a buscar un partido que nunca intentara engañarla. Por esta razón la tarea fundamental que nos incumbe en una época de preparación revolucionaria es controlar nuestras filas y limpiarlas de elementos extraños. Un camarada francés, llamado Frossard, dijo un día: *“El partido es la gran amistad”*. Esta frase fue repetida a menudo. Es imposible dejar de reconocer que es atractiva y que, hasta ciertos límites, cada uno de nosotros está dispuesto a aceptarla. Pero es necesario igualmente tener en cuenta que el partido no se convierte bruscamente en esta gran amistad, sino que se transforma en gran colaboración tras una profunda lucha exterior, y si es preciso interior; es decir, a través de la depuración de sus filas, la selección cuidadosa y sin piedad de los mejores elementos de la clase obrera, entregados en cuerpo y alma a la causa de la revolución. En otras palabras, antes de que pueda haber una gran colaboración, el partido debe realizar una gran selección. [Ovaciones].

Las perspectivas políticas

Me alegro de la ocasión que me brinda el artículo del camarada Friedlander para levantarme una vez más contra la concepción mecánica, fatalista, antimarxista, de la marcha de la revolución, que sigue anclada en las cabezas de algunos camaradas (a pesar de la obra del Tercer Congreso, beneficiosa en el más alto grado), camaradas que se consideran, aparentemente, como “de izquierdas”.

Hemos escuchado decir en el Tercer Congreso que la crisis económica durará y no dejará de agravarse hasta la toma del poder por el proletariado. Sobre esta concepción mecánica se apoyaba el optimismo revolucionario de algunos camaradas “de izquierdas”. Cuando explicamos que son inevitables oscilaciones accidentales de la economía mundial y que hay que preverlas y tenerlas en cuenta en nuestra táctica, a esos camaradas les parecía que comenzábamos casi la revisión de todo el programa y de toda la táctica de la Internacional. En realidad, no hacíamos más que “revisar” algunos prejuicios de izquierda.

Sin embargo, en el artículo del camarada Friedlander, en el discurso del camarada holandés Ravensteyn, y en algunas otras declaraciones y discursos, encontramos ahora esta misma concepción mecánica antimarxista transferida del dominio económico al de la política: el capital, se nos dice, ataca política y económicamente, su ofensiva se refuerza, el levantamiento del proletariado será, en un determinado momento, la respuesta a la ofensiva, que crece sin cesar, del capital; ¿dónde habrá lugar para un nuevo período, incluso corto, de reformismo pacifista?

Para arrojar luz desde el principio sobre todo aquello de mecánico que hay en la concepción de Friedlander, tomemos el ejemplo de Italia, donde la contrarrevolución está en su apogeo. ¿Cuál es el diagnóstico político que se puede hacer sobre Italia? Suponiendo que Mussolini se mantenga en el poder durante un tiempo suficiente para agrupar contra él a los obreros de las ciudades y el campo, para darles tiempo a recuperar la confianza perdida en sus fuerzas de clase y para unirse alrededor del partido comunista, no es imposible que el régimen de Mussolini sea directamente derrocado por el de la dictadura del proletariado. Pero es otra eventualidad, al menos tan probable como la primera. Si el régimen de Mussolini se rompe contra las contradicciones internas de su propia base social, y contra las dificultades de la situación interna e internacional, antes que el proletariado italiano llegue a la situación en que se encontraba en septiembre de 1920, (pero esta vez bajo una dirección revolucionaria fuerte y resuelta), es evidente que de nuevo se asistirá en Italia a la instauración de un régimen intermedio, de un régimen de fraseología e impotencia, de un gobierno Nitti o Turati, o bien Nitti-Turati; en un palabra: de un régimen análogo al de Kerensky que, por su quiebra inevitable y penosa, despejará la vía al proletariado revolucionario. ¿Esta segunda hipótesis, no menos verosímil que la primera, implica la revisión del programa y de la táctica de los comunistas italianos? Por nada del mundo. Mañana como hoy, los comunistas italianos llevarán adelante la lucha en el marco del régimen creado por la victoria de Mussolini. La atomización del proletariado italiano no les permite a nuestros camaradas de Italia asignarse hoy en día como tarea inmediata el derrocamiento del fascismo por la fuerza armada. Los comunistas italianos deben prepararse cuidadosamente los elementos de la lucha armada próxima y desarrollar, en primer lugar, la lucha mediante amplios métodos políticos. Su tarea inmediata, tarea de una inmensa

importancia, es introducir la desagregación en la parte popular, y particularmente en la parte obrera, de los elementos que apoyan al fascismo y de unir a las masas proletarias, cada vez en mayor número, bajo las consignas particulares y generales de la defensiva y la ofensiva. Mediante una política de iniciativa y flexibilidad, los comunistas italianos pueden acelerar considerablemente la caída de los fascistas y, con ello, obligar a la burguesía a buscar su salvación ante la revolución en sus bazas de izquierda: Nitti y, puede incluso que en primer lugar, Turati. ¿Qué significará para nosotros tal cambio? La continuación de la desagregación del estado burgués, el crecimiento de las fuerzas ofensivas del proletariado, del desarrollo de nuestra organización de combate, la creación de las condiciones necesarias para la toma del poder.

¿Cuál es la situación en Francia? El 16 de junio del pasado año, en mi discurso al Ejecutivo Ampliado, desarrollé el pensamiento que, si en Europa y Francia no se producían antes acontecimientos revolucionarios, toda la vida política parlamentaria de Francia cristalizaría inevitablemente alrededor de un “Bloque de las Izquierdas” opuesto al “Bloque Nacional” que detenta actualmente el poder. Desde entonces ha transcurrido un año y medio y la revolución no ha llegado. Y algunos de los que siguen con atención la vida política de Francia no negarán que esta política (excepción hecha para los comunistas y sindicalistas revolucionarios) no marcha por la vía de la sustitución del Bloque Nacional por el Bloque de las Izquierdas. Francia, ciertamente, vive bajo el régimen de la ofensiva del capital, de las amenazas incesantes a Alemania. Pero al mismo tiempo se observa el crecimiento del desconcierto de las clases burguesas, particularmente de las clases intermedias, su miedo al mañana, su desencanto con la política de “reparaciones”, sus esfuerzos para atenuar la crisis financiera mediante la reducción de los gastos dedicados a objetivos imperialistas, sus esperanzas en el restablecimiento de las relaciones con Rusia, etc. Este estado de ánimo invade igualmente, a través de los sindicalistas y socialistas reformistas, a una parte considerable de la clase obrera. Más aún, invade a determinados elementos de nuestro propio partido, lo que, entre otras cosas, muestra la conducta de Barabant, recientemente excluido, que, siendo miembro del Comité Director del Partido Comunista, predica al Bloque de Izquierdas. Así, pues, la continuación de la ofensiva del capital francés y de la reacción francesa no le impide a la burguesía francesa prepararse manifiestamente para una nueva orientación.

Los conservadores puros han venido a ocupar el lugar que en Inglaterra, donde la situación no es menos instructiva, ocupaba la coalición de los liberales y conservadores. Es una evolución manifiesta hacia la derecha. Pero, por otra parte, las estadísticas de las últimas elecciones prueban precisamente que la Inglaterra burguesa y social-oportunista, ya se ha preparado para una nueva orientación para el caso en que las contradicciones continuasen agravándose y en que las dificultades internas aumentasen (ambas cosas inevitables). Los conservadores han obtenido a penas cinco millones y medio de votos; el Labour Party y los liberales independientes, casi siete millones. Así pues, desde ahora mismo la mayoría de los electores ingleses se ha liberado de las ilusiones de la victoria imperialista para volcarse en las magras ilusiones del reformismo y del pacifismo. Hecho resaltable: la “Unión del Control Democrático”, organización radical pacifista, ha logrado que su comité entero entre en el parlamento. ¿Hay razones serias para pensar que el régimen conservador actual precederá directamente en Inglaterra a la dictadura del proletariado? Nosotros no lo vemos. Por el contrario, estimamos que las contradicciones económicas, coloniales e internacionales insolubles que desgarran al actual Imperio Británico, suministrarán a la oposición pequeño burguesa representada por el Labour Party un amplio campo abonado. Todo atestigua que en Inglaterra, más que en ningún otro país del globo, la clase obrera tendrá

que pasar por el estadio del gobierno obrero antes de instaurar su dictadura, gobierno que, en esta ocasión, será del Labour Party reformista y pacifista que ya cosechado en las últimas elecciones alrededor de cuatro millones y medio de votos.

Pero, objeta Friedlander, tal perspectiva descarta completamente la cuestión de Alemania. ¿Por qué? Alemania revolucionaria es uno de los factores más importantes del desarrollo europeo y mundial, pero no está sola en él. Todos seguimos con extrema atención los éxitos de nuestro partido alemán. Su desarrollo ha entrado en una nueva fase tras los acontecimientos de marzo de 1921. Los acontecimientos de marzo cerraron su período de desarrollo interno. Su nuevo período ha empezado por la crítica de los acontecimientos de marzo, y quienes todavía no han entendido el sentido y naturaleza de esta nueva etapa son gente de la que no se puede esperar nada y con la que es inútil hablar seriamente. En su gran mayoría, el Partido Comunista Alemán marcha con seguridad y firmeza en la vía de su desarrollo. Al mismo tiempo, la economía alemana se desagrega. ¿Cuándo llevará el entrecruzamiento de todos estos factores a la clase obrera alemana a la toma del poder? ¿En un año? ¿En un año y medio? ¿En dos años? Es muy difícil fijar fechas. Si Alemania se mantuviese aislada, si no tuviese a su lado más que a la Rusia soviética, pronosticaríamos más bien medio año que uno y un año más que dos. Pero está Francia y el mariscal Foch, está Italia con Mussolini, está Inglaterra con Bonar Law y Curzon, está además la ofensiva del capital que se desarrolla y todos estos factores tienen una potente influencia sobre el desarrollo de la revolución en Alemania. Esto no quiere decir, evidentemente, que el Partido Comunista Alemán no deba emprender la acción revolucionaria ofensiva antes de que estalle la revolución en Francia. Nuestros camaradas alemanes están lejos de ese bajo oportunismo, de esta tendencia a no hacer la revolución más que con todas las garantías deseables, más que con la seguridad de tener a París y Londres de su lado. Pero, evidentemente, la amenaza de una ocupación militar por parte de los estados occidentales tendría como resultado frenar el desarrollo de la revolución alemana hasta el momento en que el partido comunista francés muestre que está en situación de paralizar ese peligro y dispuesto a hacerlo.

Pero de todo esto no resulta que la revolución alemana no pueda estallar antes de la caída de los gobiernos imperialistas agresivos que existen actualmente en Francia, Inglaterra e Italia. La victoria del proletariado alemán le daría indudablemente un potente impulso al movimiento revolucionario en todos los países de Europa. Pero, igualmente que bajo el impulso de la revolución rusa en Alemania el poder cayó, un año más tarde, en manos de Scheidemann y no en las de Liebknecht, también bajo la influencia del impulso de la revolución proletaria victoriosa en Alemania, el poder podría caer en Inglaterra en manos de Henderson o Clynes y en Francia en manos de Caillaux con Blum y Jouhaux. Bajo las condiciones históricas actuales, ese régimen menchevique en Francia solo sería un corto período de agonía de la burguesía. Es posible incluso que en Francia el proletariado comunista llegase en ese caso al poder directamente, por encima de la cabeza de los mencheviques. En Inglaterra es menos probable. En cualquier caso, esta perspectiva presupone la victoria de la revolución en Alemania en los meses próximos. ¿Esta victoria está asegurada en tal plazo? Nadie lo afirmaría seriamente ni en sueños. En cualquier caso sería un grosero error hacer depender nuestro diagnóstico de una perspectiva tan estrecha, tan problemática. Sin diagnóstico, no es posible la política revolucionaria de gran envergadura. Pero el diagnóstico no debe ser mecánico, debe ser dialéctico. Debe tener en cuenta la acción recíproca de las fuerzas históricas objetivas y subjetivas: entonces aparecen numerosas eventualidades, cuya realización depende de la forma en que se manifieste en la acción efectiva esta correlación de fuerzas.

Así pues, es poco razonable afirma categóricamente que la revolución proletaria triunfará en Alemania antes que las dificultades, internas y externas, de Francia lleven a una crisis gubernamental y parlamentaria en este país. Esta crisis tendría como resultado nuevas elecciones y nuevas elecciones darían la victoria al Bloque de las Izquierdas. La llegada del Bloque de las Izquierdas al poder supondría un duro golpe al gobierno conservador en Inglaterra, reforzaría la oposición del Labour Party, solo o aliado con los independientes. ¿Qué influencia tendrían esos acontecimientos en la situación interna de Alemania? Los socialdemócratas alemanes saldrían inmediatamente de su semi oposición y le ofrecerían al pueblo sus servicios para el restablecimiento de relaciones pacíficas normales y distintas con las “grandes democracias occidentales”. En ese sentido decía yo que, si se produjese antes la victoria del comunismo en Alemania, un cambio en la política interna de Francia e Inglaterra podría animar durante cierto tiempo a la socialdemocracia alemana. Puede que Scheidemann llegue de nuevo al poder, pero su llegada será el prólogo del desenlace revolucionario pues es evidente que, bajo la situación actual de Europa, serán suficientes no algunos años, sino algunos meses o semanas para que el régimen reformista-pacifista manifieste su completa impotencia.

En su discurso sobre el programa, Thalheimer nos ha recordado justamente los motivos fundamentales que excluyen la posibilidad de que el capitalismo haga marcha atrás, que vuelva al principio “manchesteriano”, al liberalismo pacifista y reformista. Suponiendo que Blynes, Caillaux-Blum o Turati estén en el poder, no podrán llevar adelante una política esencialmente diferente de la de Lloyd George, Bonar Law, Poincaré e incluso Mussolini. Llegarán al poder cuando la situación de la burguesía devenga aún más penosa que ahora. La completa quiebra de su política podrá ser completamente desvelada en un plazo de tiempo muy corto, con la condición que nosotros tengamos una táctica revolucionaria resuelta y flexible al mismo tiempo. En la Europa capitalista, arruinada y desorganizada a fondo, tras las ilusiones de la guerra y la victoria, las ilusiones pacifistas y las esperanzas reformistas no pueden más que ser ilusiones efímeras de la agonía burguesa.

El camarada Ravensteyn está dispuesto, aparentemente, a reconocer todo esto con ciertas reservas para la plebe capitalista pero no para la aristocracia capitalista, es decir no en lo que atañe a las potencias coloniales: la perspectiva del período reformista-pacifista que debe preceder a la dictadura del proletariado, igualmente que la consigna del gobierno obrero, no convienen, según él, en Gran Bretaña, Bélgica y Holanda. Ravensteyn tiene perfecta razón en ligar la consigna gobierno obrero con el hecho que la burguesía todavía tiene a su disposición un recurso reformista-pacifista, no material sino ideológico, en la persona de los partidos burgueses-reformistas y socialdemócratas, que conservan aún su influencia. Pero Ravensteyn cae de lleno en un error cuando plantea ciertas objeciones en lo concerniente a las potencias coloniales. Antes de atacar a la revolución rusa con la fuerza armada, Inglaterra envió a Henderson al rescate de Buchanan para mantener la revolución en el recto camino. Ahora bien, durante la guerra, Rusia era la colonia de Inglaterra. La burguesía inglesa ha actuado de la misma forma respecto a India; ha enviado virreyes benevolentes y liberales y, al mismo tiempo, escuadrillas de aviones y dinamita. El desarrollo del movimiento revolucionario en las colonias adelantaría indudablemente el momento de la llegada al poder del Labour Party, aunque este último siempre y en todas partes haya vendido a las colonias al capital inglés. Está fuera de toda duda igualmente que el desarrollo del movimiento revolucionario en las colonias, paralelamente al movimiento proletario en las metrópolis, sepultará para siempre al reformismo histórico, al reformismo pequeño burgués y a su representante, al Labour Party.

El radicalismo revolucionario que para mantener la moral tiene que ignorar, tanto en economía como en política, la dialéctica de las fuerzas libres y trazar su diagnóstico con la regla y el compás, es de los más inestables, de los menos seguros. Es suficiente con un desvío de la coyuntura política y económica para desorientarlo completamente. En el fondo, ese “izquierdismo” envuelve el pesimismo y la desconfianza. No sin razón, uno de los críticos es un comunista de Austria y otro un comunista de Holanda: esos dos países, hasta el presente, no son lares revolucionarios. El optimismo activo del partido comunista descansa en bases más amplias y más serias. La burguesía no es para nosotros una piedra que rueda hacia el precipicio sino una fuerza histórica viva, que lucha, maniobra, avanza ora su ala derecha, ora su ala izquierda. Y sólo si aprendemos todos los medios y métodos políticos de la sociedad burguesa para reaccionar cada vez sin dudas ni retrasos, lograremos acelerar el momento en el que, con un movimiento justo y seguro, enviaremos definitivamente la burguesía al abismo.

La situación económica de la Rusia de los soviets [Tesis sobre la Nueva Economía Política y la revolución mundial]⁹

1.- Las vías del desarrollo económico de la Rusia de los soviets deben apreciarlas y comprenderlas los obreros conscientes el mundo entero, tanto desde el punto de vista de los destinos de la primera república obrera del mundo, de su solidez, estabilidad y aumento de su prosperidad y de los progresos hacia el socialismo, como desde el punto de vista de las enseñanzas y deducciones que se derivan de la experiencia rusa para el trabajo económico positivo del proletariado del resto de países, una vez éste haya conquistado el poder.

2.- Los métodos de la velocidad de la edificación económica del proletariado vencedor están determinados:

a) por el nivel del desarrollo de las fuerzas productivas en el conjunto de la economía y en cada una de sus ramas y, sobre todo, por la relación entre la industria y la economía campesina;

b) Por el nivel de cultura y de organización del proletariado en tanto que clase dirigente;

c) por la situación política que se deriva de la conquista del poder por el proletariado (resistencia de las clases burguesas derrocadas, actitud de la pequeña burguesía y de los campesinos, amplitud y carácter más o menos devastador de la guerra civil, intervenciones militares exteriores, etc.)

Cae por su peso que cuanto más se eleva el nivel de las fuerzas productivas del país y el nivel de la cultura y organización del proletariado, más débil es la resistencia de las clases derrocadas y más igual, sistemática, rápida y coronada por éxitos es la transformación por el proletariado vencedor de la economía capitalista en economía socialista.

A consecuencia de una combinación original de condiciones históricas, el primera país que ha entrado en la vía del socialismo ha sido Rusia, país económicamente retrasado aunque poseedor de una industria altamente centralizada en sus principales ramas, país cuyas masas campesinas y obreras estaban atrasadas desde el punto de vista de la cultura y de la organización, aunque poseyese una vanguardia proletaria dotada de altas cualidades políticas revolucionarias.

Esas contradicciones en la estructura económica, social y política de Rusia, y el hecho que la república de los soviets, desde el primer día de su existencia, se haya mantenido, y se mantenga todavía, sometida a un cerco capitalista, determinan los destinos de la edificación económica del gobierno obrero y campesino, los desvíos en esta edificación, y el sentido de la “Nueva Política Económica” actual.

3.- La expropiación total, no solamente de la gran y mediana burguesía sino también de la pequeña burguesía urbana y rural, no ha sido una medida económica racional sino políticamente necesaria. Vista la continuación de la dominación capitalista en el conjunto del mundo, la burguesía rusa, no solamente la gran burguesía sino también la pequeña, no quería creer en la estabilidad del estado obrero y servía de reserva para la contrarrevolución agraria y burguesa. Bajo esas condiciones, sólo se

⁹ Estas tesis son un esquema del informe que presenté en el IV Congreso de la Internacional Comunista sobre la situación económica de la Rusia de los soviets y las perspectivas de la revolución mundial. LT.

podía romper la resistencia de la contrarrevolución y salvaguardar el poder de los soviets mediante una expropiación total de la burguesía y de los campesinos ricos. Sólo esta política decidida y sin merced, que colocó a la masa oscilante de los campesinos ante la necesidad de escoger entre la restauración de la gran propiedad terrateniente, por una parte, y el estado obrero, por otra parte, aseguró la victoria de este último.

4.- Como resultado de ello, el estado obrero se vio, desde sus primeros pasos, poseedor de todas las empresas industriales, incluso las más pequeñas. La correlación interna de las diversas ramas de la industria, incluyendo en primer lugar a las ramas esenciales, ya había sido violentada y desfigurada completamente por la reorganización de la industria durante la guerra y por la misma guerra. El personal directivo del aparato administrativo económico estaba ya sea entre los emigrados, ya sea en las tropas blancas o bien al servicio de los soviets y preparado para sabotear.

La conquista y conservación del poder por la clase obrera se acabó al precio de la destrucción rápida e implacable de todo el aparato burgués de la administración económica, de arriba abajo, en cada empresa separadamente y en todo el país a la vez.

He ahí las condiciones en que se formó eso que se llamó “comunismo de guerra.”

5.- La preocupación más grande del nuevo régimen era avituallar a las ciudades y al ejército. La guerra imperialista ya había obligado a abolir el comercio libre de granos y a adoptar el sistema del monopolio. Habiendo destruido, bajo la presión de las necesidades de la guerra civil, todas las organizaciones del capital comercial, el estado obrero no podía, naturalmente, comenzar volviendo a poner en vigor la libertad del comercio de granos. Se vio obligado a reemplazar el aparato comercial destruido por un aparato de estado basado en la requisita forzada del excedente de las explotaciones campesinas.

El reparto de los víveres y otros productos de consumo adquirió la forma de una ración de estado igualada casi independientemente de la cualificación y rendimiento del trabajo. Ese “comunismo” fue llamado con razón “comunismo de guerra”, no solamente porque reemplazaba a los métodos económicos sino, también, porque servía en primer lugar a objetivos militares. En las condiciones que se habían creado, no se trataba de asegurar el desarrollo sistemático de la economía, sino el avituallamiento de los ejércitos y salvar de la muerte por hambre a la clase obrera. El comunismo de guerra es el régimen de una fortaleza asediada.

6.- En el dominio industrial se creó un gran aparato centralizado, basado en los sindicatos y con su ayuda, cuyo objetivo inmediato consistía en extraer de la industria (definitivamente desorganizada por la guerra, la revolución y el sabotaje) aunque solo fuese un mínimo de productos necesarios ante todo para la continuación de la guerra civil. Se obtuvo una apariencia de unidad del plan empleando sólo una parte ínfima de las fuerzas productivas existentes.

7.- Si la victoria del proletariado ruso se hubiese visto rápidamente seguida por la victoria del proletariado occidental, ello no solamente habría reducido la guerra civil en Rusia sino que, además, habría abierto al proletariado ruso nuevas posibilidades de organización y de técnicas que estableciesen un lazo indisoluble entre la economía de Rusia soviética y la economía más desarrollada de los otros países proletarios. En ese caso, el paso del “comunismo de guerra” al socialismo auténtico se habría producido, sin ninguna duda, en un plazo más breve y sin las sacudidas y retrocesos que la Rusia proletaria ha tenido que atravesar a consecuencia de su aislamiento durante cinco años.

8.- La retirada económica, o mejor dicho la retirada política en el frente económico, devino absolutamente inevitable desde el mismo momento en que se vio claramente que la Rusia de los soviets debía construir su economía con sus propios medios, exclusivamente con sus fuerzas técnicas y organizativas, y ello durante el

período, más o menos largo, que necesitase la preparación del proletariado occidental para la conquista del poder.

Los acontecimientos contrarrevolucionarios de febrero de 1921 mostraron la urgencia de una adaptación más completa de los métodos económicos de la edificación socialista a las necesidades de la clase campesina. Las jornadas revolucionarias de marzo de 1921 en Alemania mostraron la urgencia de una “retirada” política, en el sentido de una lucha preparatoria para la toma del poder por la mayoría de la clase obrera. Esas dos retiradas, cuyas fechas coinciden, están en estrecha correlación como se ha dicho más arriba. Si se quiere, son retiradas en el sentido convencional porque, aquí y allí, había aparecido con una completa nitidez la necesidad de pasar por un determinado período preparatorio, de nueva orientación económica en Rusia, de lucha por las reivindicaciones transitorias y por el frente único en Occidente.

9.- El estado soviético pasó de los métodos del comunismo de guerra a los del mercado. Reemplazó la requisita de excedente por el impuesto en especie, permitiéndoles a los campesinos la venta con absoluta libertad de sus excedentes en el mercado; se reimplantó la circulación monetaria y se tomaron medidas para estabilizar el rublo, las empresas de la industria de estado se colocaron en el mismo nivel comercial y los salarios se pusieron en relación con la cualificación y el rendimiento; se alquilaron a plazo cerrado un gran número de pequeñas y medianas empresas industriales a empresarios privados. El renacimiento del mercado y de sus métodos e instituciones constituyó, precisamente, la esencia de la “Nueva Política Económica”.

10.- Tras cinco años de existencia de la república de los soviets, su economía puede ser caracterizada, grosso modo, como sigue:

a) todas las tierras le pertenecen al estado, casi el 95% de las tierras de labor se encuentran bajo disfrute económico de los campesinos que entregan al estado un impuesto en especie (que este año alcanza más de 300 millones de *pud* de centeno sobre una cosecha que se ha elevado a casi tres cuartas partes de la media de las cosechas de anteguerra);

b) toda la red de ferrocarriles (más de 63.000 quilómetros) es propiedad del estado. Con más de 800.000 empleados y obreros, suministra actualmente alrededor de la tercera parte del trabajo que suministraba en preguerra;

c) Todas las empresas industriales pertenecen al estado. Las más importantes de esas empresas, que alcanzan el número de más de 4.000, con casi un millón de obreros, están explotadas por el estado por su propia cuenta. Cerca de 4.000 empresas de segundo y tercer orden, con alrededor de 80.000 obreros, están alquiladas a plazo fijo. Las empresas del estado emplean de media a 207 obreros cada una de ellas. Las empresas alquiladas, 17 obreros. Sin embargo, solamente cerca de la mitad de ellas se encuentran en manos de empresarios privados. La otra mitad está alquilada a diversas instituciones del estado y a cooperativas;

d) el capital privado se forma y opera hoy en día principalmente en el comercio. Según evaluaciones muy aproximadas e inciertas, el capital privado posee cerca del 30% de la circulación comercial, el otro 70% está formado por sumas que pertenecen a órganos estatales y cooperativos, que están estrechamente ligados al estado;

e) el comercio exterior, que alcanza este año 1/4 del comercio exterior de anteguerra en lo concerniente a la importación y 1/20 en lo que concierne a la exportación, está concentrado completamente en manos del estado.

11.- El comunismo de guerra, con su sistema muy grosero de censo y reparto, ha sido reemplazado bajo el régimen de la nueva política por los métodos del mercado: compra y venta, cálculo comercial, competencia. Pero, por encima del mercado, el estado obrero asume el papel de un propietario, de un comprador y de un vendedor más

potente que todos los otros. En posesión directa del estado obrero se encuentra concentrada la aplastante mayoría de las fuerzas productivas de la industria y de los ferrocarriles. De esta forma, la actividad de los órganos económicos del estado está controlada y orientada por el mercado en una amplia medida. La rentabilidad de tal o tal otra empresa se verifica a través de la competencia y del cálculo comercial. La ligazón entre la agricultura y la industria, entre el campo y la ciudad, se realiza por intermedio del mercado.

12.- Sin embargo, la existencia del mercado libre entraña forzosamente la formación de un capital privado que compite, en primer lugar, con el estado en el dominio comercial, pero que se esfuerza en infiltrarse igualmente en la esfera industrial. La guerra civil del proletariado con la burguesía cede el sitio a la competencia de la industria proletaria con la industria burguesa. Igual que, en la guerra civil, la lucha se libraba en una amplia medida a través de la ayuda política de la clase campesina, actualmente también la lucha tiene como objetivo principal el mercado campesino. El proletariado posee enormes ventajas en esta lucha; las fuerzas productivas más altamente desarrolladas del país y el poder político. La burguesía tiene a su favor el saber hacer y, hasta cierto punto, relaciones con el capital extranjero, en particular con el de la emigración.

13.- La política fiscal del estado obrero y la concentración en sus manos de todas las instituciones de crédito, merece mención especial pues son un potente factor que asegura la ventaja a la economía estatizada (que por sus tendencias es socialista) sobre el capitalismo privado. La política fiscal permite aplicar a la economía del estado una porción, que no deja de crecer, de los ingresos del capital privado, y ello no solamente en el dominio de la agricultura (impuesto en especie) sino también en el del comercio y la industria. Así, pues, el capital privado (concesiones) también deviene, bajo la dictadura del proletariado, un tributario de la acumulación socialista primitiva.

Por otra parte, el crédito comercial e industrial, concentrado en manos del estado, alimenta en un 75% a las empresas del estado, en un 20% a las cooperativas y en un 5%, como máximo, a las empresas privadas, como atestiguan los datos de estos últimos meses.

14.- Asimismo, todas las afirmaciones de los socialdemócratas concernientes a la “capitulación” del estado soviético ante el capitalismo son una evidente y grosera desfiguración de la realidad. De hecho, el gobierno de los soviets ha entrado en la vía económica que sin duda debería haber sido la suya desde 1918-1919, si las necesidades ineluctables de la guerra civil no le hubiesen forzado a expropiar a la burguesía de un solo golpe, a destruir su aparato económico y a reemplazarlo apresuradamente por el aparato del comunismo de guerra.

15.- El principal resultado político y económico de la “NEP” es la seria y sólida entente con la clase campesina, a la que el libre acceso al mercado le ha servido de impulso para la ampliación e intensificación de su economía. La experiencia de este último año, y en particular la extensión de las siembras del otoño, nos dan pie a confiar en el futuro en una mejora sistemática de la economía rural. Así se crea no solamente un fondo de avituallamiento para el desarrollo industrial de Rusia sino, además, un fondo de mercancías de una extrema importancia para el comercio exterior. De ahora en adelante, el trigo ruso reaparecerá en el mercado europeo en cantidades siempre crecientes. La importancia de este factor para la revolución socialista en Occidente es fácil de comprender.

16.- Las ramas de la industria que trabajan directamente para el consumo y, sobre todo, para el mercado campesino, han hecho progresos indudables y muy marcados desde el primer año de la “NEP”. Ciertamente que la industria pesada está todavía

en una situación muy penosa, pero este retraso, que deriva completamente de las condiciones de los últimos años, encuentra su explicación, también, en las condiciones que acompañan a la reconstitución del sistema comercial: únicamente los primeros progresos en el dominio de la agricultura y en la esfera de la industria ligera podrán impulsar el desarrollo regular de la construcción de máquinas, de la metalurgia y de la industria carbonífera que, por supuesto, recibirán la mayor atención por parte del estado. Este último trabajará en la extensión de su economía, concentrará en sus manos fondos de capital circulante cada vez más grandes pues, por medio de una acumulación estatal (acumulación socialista primitiva), renovará y aumentará igualmente el capital fundamental. No hay absolutamente ninguna razón para pensar que la acumulación capitalista privada y el capital privado saldrán victoriosos de la lucha.

17.- En lo tocante al capital extranjero (sociedades mixtas, concesiones, etc.), su papel en el territorio ruso, independientemente de su política expectante y extremadamente prudente, está determinado por las consideraciones y el cálculo del estado obrero, que no otorga concesiones industriales y no firma convenios comerciales más que porque estos no pueden minar los fundamentos de su economía. El monopolio del comercio exterior es, en este sentido, una de las principales garantías del desarrollo socialista.

18.- El estado obrero, aunque ha puesto su economía en el plano comercial, no renuncia, sin embargo, incluso en el más próximo período, a ejecutar su plan económico. El hecho que toda la red ferroviaria y la aplastante mayoría de las empresas industriales ya estén explotadas directamente a cuenta del estado y financiadas por este último, hace inevitable la concomitancia de un control del estado centralizado sobre esas empresas con un control automático del mercado. El estado concentra cada vez más su atención en la industria pesada y los transportes, que son los fundamentos de la economía, y adapta en una amplia medida a sus exigencias su política financiera, fiscal, de concesiones y aduanera. El plan económico del estado, en el presente período, no mira utópicamente a reemplazar con una previsión universal el juego espontáneo de la oferta y la demanda. Muy al contrario, partiendo del mercado como forma fundamental de reparto de las riquezas y de la reglamentación de su producción, el plan económico actual tiene como objetivo asegurarles a las empresas del estado (mediante una combinación de factores comerciales, industriales, fiscales y de crédito) la máxima preponderancia sobre el mercado, aportar a las relaciones mutuas de esas empresas el máximo de previsión y uniformidad para, de esta forma, apoyándose en el mercado, contribuir a dominarlo rápidamente, ante todo en las relaciones entre las mismas empresas del estado.

19.- Hacer participar a los campesinos en la realización del plan económico del estado, es decir del plan socialista, he ahí un problema todavía más complicado que exige aún más tiempo. Orgánicamente, las vías están abiertas por la cooperación, controladas y dirigidas por el estado y prestando servicio a las principales necesidades del país y de su explotación. Económicamente, ese proceso se efectuará tanto más rápidamente como más grande sea la masa de los productos que la industria del estado pueda lanzar a los campos por intermedio de la cooperación. Pero el triunfo completo de la socialización de la economía rural sólo se podrá alcanzar a través de la electrificación que descargará un golpe sano al aislamiento bárbaro de la producción campesina. También el plan de electrificación debe ser una parte esencial del plan general económico del estado, y esta parte, aumentando constantemente a medida que crecen las fuerzas productivas del estado soviético, está destinada ulteriormente a adquirir una preponderancia cada vez mayor, hasta devenir la base de todo el plan económico socialista.

20.- La organización de la economía comporta un reparto regular y racional de las fuerzas y medios de producción entre las diversas ramas y las diversas empresas y, además, un empleo razonable, es decir económico, de esas fuerzas y de esos medios en cada empresa. El capitalismo obtiene este resultado por medio de la oferta y la demanda, de la competencia y de períodos de auge y de marasmo.

El socialismo obtendrá los mismos resultados a través de una construcción consciente de la economía, en primer lugar, nacional, y, después, universal, considerada como un solo y mismo todo, según un plan común, basado en los medios de producción existentes y en las exigencias del momento, y que tendrá que abarcarlo todo y al mismo tiempo ser extremadamente flexible. Ese plan no se puede fijar a priori, debe ser elaborado conforme a la herencia económica legada al proletariado por el pasado, mediante modificaciones y reconstrucciones sistemáticas cada vez más decisivas y atrevidas a medida que aumente la habilidad económica del proletariado y que se multiplique su potencia técnica.

21.- Es muy evidente que entre el régimen capitalista y el socialismo definitivo debe inevitablemente intercalarse una larga época durante la cual el proletariado, utilizando los métodos y formas de organización de la circulación capitalista (moneda, bolsa, banca, cálculo comercial), extienda cada vez más su impronta sobre el mercado, la centralice, unifique y, por eso mismo y al fin de cuentas, la abole y reemplace por un plan centralizado, plan que se encontrará en dependencia con todo el antiguo desarrollo económico y será la premisa de la economía ulterior. En esta vía es, precisamente, en la que se encuentra la república de los soviets, incomparablemente más cerca del punto de partida que del objetivo definitivo. Solamente el hecho que el estado soviético (tras haberse visto presionado por las circunstancias al comunismo de guerra) se ve forzado a retroceder hasta cierto punto por el retraso de la revolución en Occidente (aunque mucho más en la forma, por otra parte, que materialmente) ensombrece el cuadro y ofrece a los adversarios pequeño burgueses del estado obrero la ocasión para hablar de su capitulación ante el capitalismo. De hecho, la Rusia de los soviets evoluciona no del socialismo al capitalismo sino del capitalismo (momentáneamente reducido por los métodos del “capitalismo de guerra”) al socialismo.

22.- Afirmar que el deterioro de las fuerzas productivas rusas es un resultado de la irracionalidad de los métodos económicos socialistas o comunistas, es dar pruebas de una esencial inconsistencia y de una absoluta ignorancia histórica. En realidad, este deterioro es, ante todo, el resultado de la guerra y, después, el resultado de la revolución, con la forma violenta de la guerra civil prolongada que la revolución ha tomado en Rusia. La Gran Revolución Francesa, que sentó las premisas de un pujante desarrollo capitalista de Francia y Europa, tuvo como resultado inmediato una extrema devastación degradante económica. Diez años después del principio de la Gran Revolución, Francia era más pobre que en vísperas de la revolución. La industria de la república de los soviets ha suministrado, durante el último año, la cuarta parte o más de la media de su producción de preguerra, pero ello no prueba en absoluto la inconsistencia de los métodos socialistas, que todavía no han tenido tiempo para encontrar aplicación, ello solamente da pruebas de la gravedad de la desagregación económica, inevitablemente ligada a la misma revolución. Pero en tanto que exista una sociedad humana dividida en clase, comprará cada uno de sus grandes pasos adelante con sacrificios materiales y de vidas humanas, se trate del paso de la feudalidad al capitalismo o de una transición incomparablemente más grave: la del capitalismo al socialismo.

23.- De todo lo dicho más arriba se deriva que lo que en Rusia se llama nueva política económica es una fase inevitable de toda revolución proletaria. En la nueva

política económica es preciso distinguir dos elementos: a) el “retroceso” caracterizado más arriba, y b) el traspaso de la economía del estado proletario al mercado y a todos los métodos, instituciones y combinaciones ligados al mercado.

a) En lo que respecta al “retroceso”, hay que decir que en los otros países puede ser también el resultado de causas puramente políticas, es decir de la necesidad que exista, en plena guerra civil, de quitarle al enemigo un número demasiado grande de empresa del que puede ser económicamente organizado por el proletariado. Los retrocesos parciales que se derivan de ello no están excluidos en ningún país, pero sin duda no supondrán en los otros estados el carácter tan grave que han adquirido en la Rusia campesina en la que, otro factor, la guerra civil, no se desplegó verdaderamente más que después que el proletariado tomase el poder. De ahora en adelante se puede decir, con seguridad, que en la mayoría de países capitalistas el proletariado sólo alcanzará el poder al precio de una encarnecida guerra civil, tenaz y prolongada. Dicho de otra forma, el proletariado occidental tendrá que romper las principales fuerzas enemigas antes de la toma del poder y no después de su conquista y, en todos los casos, la resistencia militar, política y económica de la burguesía se debilitará tanto más cuanto más grande sea el número de países en los que el poder pase a manos del proletariado. Sin embargo, ello quiere decir que la conquista militar de la industria y el retroceso económico, que llega después, ejercerán en el resto del mundo, verosímelmente, un papel menos importante que en Rusia;

b) En cuanto a la utilización de métodos e instituciones creadas por el capitalismo para la reglamentación de la economía, todos los estados burgueses tendrán que atravesar, en una medida más o menos grande, esta etapa en la vía del capitalismo al socialismo. Dicho de otra forma, cada nuevo gobierno obrero, tras una destrucción más o menos completa, pero inevitable en el curso de la guerra civil, de los órganos económicos del capitalismo (bolsas, banca, trusts, sindicatos), tendrá que someter a esos órganos, someterlos políticamente y, tras haberlos ligado orgánicamente a todo el mecanismo de la dictadura proletaria, apoderarse como creador para fines de una reconstrucción (progresiva con la ayuda de esos órganos) de la economía sobre los principios socialistas. Cuanto mayor sea el número de los países sometidos al poder proletario, más potente será el proletariado que se apodere del poder en un país y más difícil será la expatriación de los capitales e incluso de los capitalistas, más restringido será el terreno en el que se pueda ejercer el sabotaje de los intelectuales, colaboradores técnicos y administrativos, más insignificante será, en consecuencia, la destrucción de las riquezas materiales y del aparato organizativo del capitalismo y más fácil someterlo.

24.- La velocidad con la que el estado obrero franqueará esta etapa en la que el socialismo en construcción vive y se desarrolla aún bajo un tegumento capitalista, esta velocidad dependerá, como ya se ha dicho más arriba, además de la conjunción militar y política, del nivel de organización y de cultura de la clase obrera llegada al poder y del nivel y del estado de las fuerzas productivas que caigan en sus manos. Es absolutamente evidente que cuanto más elevados sean esos dos niveles más rápidamente efectuará el estado obrero el paso a la economía socialista y, después, al comunismo integral.

Edicions internacionals Sedov



- **01. Trotsky inédito en internet y castellano / Obras Escogidas**
 - **02. Obras Escogidas de León Trotsky en español**
 - **03. Obras Escogidas de Rosa Luxemburg en castellano**
 - **04. Obres escollides de Lenin en català**
 - **05. Obres escollides de Rosa Luxemburg en català**
 - **06. León Sedov: escritos**
 - **07. Primera Internacional**
- **08.a Segunda Internacional (Internacional Socialista): resoluciones y otros materiales**
 - **08.b Internacional de Mujeres Socialistas**
- **09. Tercera Internacional. Los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista**
- **10. Cuarta Internacional. Años 30-40: Materiales de la construcción de la IV Internacional**
- **11. La Constitución de la Revolución Rusa y sus complementos jurídicos, 1917-1921 (decretos revolucionarios et alii)**
 - **12. Marx y Engels, algunos materiales**
 - **13. Eleanor Marx**
 - **14. Lenin: dos textos inéditos**
 - **15. La lucha política contra el revisionismo lambertista**
- **17. Documentos históricos recuperados por el Grupo Germinal**
- **16. Años 30: Materiales de la Oposición Comunista de España, de la Izquierda Comunista Española y de la Sección B-L de España**

Consulta las series de nuestro sello hermano

Alejandría Proletaria

